

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 13. — N° 92.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Llegada del general Bodisco al Havre; grabado. — El Tirteo español. — Revista de Paris. — El Solitario del Bétis. — Batalla de Kars; grabados. — El Cáucaso; grabados. — Margarita Pusterla. — Hostilidades de los rusos contra el Cáucaso; grabados. — El Tigre y la Zorra. — La artillería inglesa. — Crónica de Suecia. — Flora de América; grabados. — Los dos primos. — Revista de la moda. — La Finlandia; grabados.

### Llegada del general Bodisco al Havre.

El 5 de setiembre llegó al puerto del Havre la corbeta de vapor el *Souffleur*, capitán Moullac, que salió de Bomar-Sund el 22 de agosto trayendo a su bordo al general ruso Bodisco, con su señora y su niño de cuatro á cinco años de edad. El general venia acompañado de los capitanes de ingenieros Tosche y Vieckberg, sus ayudantes: el comisario de marina que daba su brazo á la señora de Bodisco, y el comandante de plaza que

daba el suyo al general, llevaron á los prisioneros á la fonda del *Aguila de oro*, calle de Paris. El general parecia bastante abatido; dicen que tiene sesenta años, aunque su abatimiento al desembarcar en el Havre demostraba mucha mayor edad. La señora de Bodisco, mas jóven que él, parecia sobrellevar su desgracia con mas ánimo.

Del Havre el general Bodisco ha pasado con su familia á Evreux, ciudad poco distante de Paris, donde ha fijado su residencia.



Llegada al Havre del general ruso Bodisco, hecho prisionero en Bomar-Sund.



## El Tirteo español.

V.

Además de las poesías inspiradas por la musa de la patria, de la libertad ó de la guerra, tiene el gran poeta de quien nos ocupamos otras dictadas por el genio filosófico del siglo, y encaminadas por lo tanto á mostrar á la humanidad el camino de la luz que ha de conducir á su santa y completa emancipación. Entre estas composiciones nutridas de pensamientos profundos y de verdades que destruyen las tinieblas de la ignorancia en que por tanto tiempo ha gemido el hombre, citarémos principalmente la oda á D. Gaspar Jovellanos y la consagrada á la invención de la imprenta. He aquí como el poeta pinta las dificultades con que el espíritu del progreso tiene que luchar en la tierra :

## Revestida

De mil formas y mil tiende su vuelo  
Rastrera la ignorancia, y con sus alas  
Cuanto toca consume : así en los campos  
Que baña con sus ondas Guadiana  
Crece el insecto volador y muerta  
Lamenta Ceres su verdura ufana.  
Ora insulta y desprecia : en su habla loca  
Es ocioso el saber, frívolos sueños  
Las obras del ingenio; al polvo iguales  
Los altos pechos que Minerva inspira.  
; Bárbara presunción ! Allá en el Nilo  
Suele el tostado habitador dar voces,  
Y al astro hermoso en que se inflama el día  
Frenético insultar : la injuria vana  
Huye á perderse en la anchurosa esfera,  
Y Febo, en tanto, derramando lumbré,  
Sigue en silencio su inmortal carrera.

Estimula á Jovellanos á luchar contra las preocupaciones, ofreciéndole en recompensa los laureles de la inmortalidad :

Cuando la noche del sepulcro ostente  
La nada ante tus piés, cuando ya el sueño  
De tu vida falaz se torne en humo,  
; Qué verás trás de tí ? Misero olvido,  
O execración eterna que á los tiempos  
La memoria en su voz vuelve contino.  
Aquel empero que de amor divino  
Tocado fué, que en incesante anhelo  
Siempre ansió por el bien y que en su mente  
A cuanto obró y pensó la faz terrible  
Del tiempo que vendrá tuvo presente,  
Ese vive inmortal : su excelso nombre  
Calma el abismo de la tumba, y viva  
Su gloria colosal queda en sus hechos :  
Hechos que en eco de alabanza suenan,  
Que el campo inmenso del espacio ocupan,  
Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia  
Espaciando la vista alborozada  
Grite la admiración : ; No es este el suelo  
Que en otro tiempo á compasión movía?  
Veinte siglos de error en él fundaron  
El imperio del mal : en vano había  
Pródigo el cielo, de favor cubierto  
Su seno en bienes mil, y codiciosa  
La tierra por brotar, inagotables  
Sus ópimos tesoros ostentaba.  
Su sed en vano innumerables rios  
Mitigaban regándola, y en vano  
Bañara el mar su costa al Occidente,  
Al Oriente y al Sur. ; Qué la servía  
Un clima placidísimo y sereno  
Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?  
Todo fué por demás : su manto triste  
Tendió la asolación; yermos los campos,  
Mustios los pueblos, indolente el hombre,  
Sin conocer su estrago, sin aliento  
Para salvarse de él, ruina y silencio  
Cual de peste mortífera abrigaban.  
; Quién fué el Dios que bastó de tantos males  
El torrente á atajar ?

De todos estos pronósticos no se ha realizado mas que uno, la inmortalidad de Jovellanos. Por desgracia, el ilustre ministro fué vencido por la superstición, por el fanatismo que los tiranos procuran mantener vivo en el pueblo, como único medio que puede prolongar toda dominación ilógica en la tierra, y las generaciones á quienes ofrecía el poeta los dones de la abundancia no han recogido hasta hoy mas que lágrimas y sangre, injusto premio á sus virtudes, pero castigo digno á sus tercas preocupaciones.

La otra composición de las citadas, la de la invención de la imprenta, es una de las mas justamente celebradas, y la primera, en mi concepto, en cuanto al espíritu filosófico y progresivo que ha inspirado todas las obras del autor. Empieza en ella el poeta quejándose

con su acostumbrada energía del apoyo servil que han prestado por lo comun los vates á los tiranos.

; Será que siempre la ambición sangrienta,  
O del solio el poder pronuncie solo  
Cuando la trompa de la fama alienta  
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?  
; No os da rubor? El don de la alabanza,  
La hermosa luz de la brillante gloria,  
; Serán tal vez del nombre á quien daría  
Eterno oprobio ó maldición la historia?  
; Oh! despertad : el humillado acento  
Con majestad no usada,  
Suba á las nubes penetrando el viento :  
Y si quereis que el universo os crea  
Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
Que vuestro canto enérgico y valiente  
Digno tambien del universo sea.

Recuerda el poeta los tiempos antiguos en que solamente los genios benéficos obtenían premio y aplauso, y comparando al autor de la escritura con el dios que descubrió el arado, dice :

; Dios no fuiste tambien, tú que allá un día  
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste  
Y trazándola en letras detuviste  
La palabra veloz que ántes huía?

Sin tí se devoraban  
Los siglos á los siglos, y á la tumba  
De un olvido eternal yertos bajaban.  
Tú fuiste : el pensamiento  
Miró ensanchar la limitada esfera  
Que en su infancia fatal le contenía.  
Tendió las alas y arribó á la altura  
De do escuchar la edad que ántes viviera,  
Y hablar ya pudo con la edad futura

Pero al fin sacudiéndose otra prueba  
La plugo hacer de sí, y el Rhip helado  
Nacer vió á Gutemberg.— « ; Con qué es en vano  
Que el hombre al pensamiento  
Alcanzase escribiéndole á dar vida,  
Si desnudo de curso y movimiento  
En letargosa oscuridad se olvida?  
No basta un vaso á contener las olas  
Del férvido Oceano,  
Ni en solo un libro dilatarse pueden  
Los grandes dones del ingenio humano :  
; Qué les falta? ; Volar? Pues si á natura  
Un tipo basta á producir sin cuento  
Séres iguales, mi invención la siga :  
Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
Una misma verdad, y que consiga  
Las alas de la luz al desplegarse. »  
Dijo, y la imprenta fué. . . . .

Con este magnífico descubrimiento cree el poeta asegurado el triunfo de la razón.

; Ay del alcázar que al error fundaron  
La estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcan rebentó y á su porfía  
Los soberbios cimientos vacilaron.  
; Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,  
Que abortó el Dios del mal y que insolente  
Sobre el despedazado Capitolio  
A devorar el mundo impunemente  
Osó fundar su abominable solio ?

En esta parte, doloroso es decirlo, la filosofía desconsoladora de Rousseau prevalece sobre la encantadora poesía de Quintana. El descubrimiento de la imprenta que debió disipar las tinieblas tiende á perpetuarlas. Por cada obra provechosa que ve la luz publica se imprimen ciento destinadas á mantener las locuras del fanatismo, con la circunstancia de que los libros útiles circulan en ediciones pobres, y las obras necias apuran para llamar la atención popular todas las gracias de la litografía y del grabado. No basta, pues, el descubrimiento y generalización de la imprenta. Es preciso trabajar aun para que este instrumento civilizador se emplee solo en ilustrar al pueblo, como muy acertadamente se está haciendo en Alemania, y no en brutecerle como acontece en el resto de Europa.

Sin embargo, mucho se ha conseguido ya y mucho debemos esperar de los nobles esfuerzos con que el genio acaba triunfando siempre de la ignorancia. En este punto estoy de acuerdo con el pensamiento que ha inspirado los siguientes versos, que son quizá los mas bellos y filosóficos del señor Quintana.

Tal fué el lauro primero que las sienas  
Ornó de la razón : miéntras osada,  
Sedienta de saber la inteligencia  
Abarca el universo en su gran vuelo,  
Levántase Copérnico hasta el cielo  
Que un velo impenetrable ántes cubría,  
Y allí contempla el eternal reposo

Del astro luminoso  
Que da á torrentes su esplendor al día.  
Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar, la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impío,  
Y el globo en tanto sin cesar navega.  
Por el piélago inmenso del vacío.  
Y navegan con él impetuosos,  
A modo de relámpagos huyendo,  
Los astros rutilantes : mas lanzado  
Veloz el genio de Newton tras ellos  
Los sigue, los alcanza  
Y á regular se atreve  
El grande impulso que sus orbes mueve.

En el próximo artículo harémos ver como el poeta filósofo, que tanto se ha distinguido por su energía, pulsa de un modo no ménos brillante la lira del sentimiento y del amor.

J. M. VILLEGAS.

## Revista de Paris.

El eminente autor de ese libro inmortal que se llama *la Comedia Humana*, M. de Balzac, tenía caprichos singulares. Uno de ellos, quizá el mas singular de todos, fué el de quererse sustituir al arquitecto, una vez que se le ocurrió mandar edificar una casa de campo. Levantados los planos por el ilustre novelista, los albañiles pusieron manos á la obra que se acabó como por encanto, pero hasta que estuvo concluida nadie notó una cosa, que se había olvidado la escalera, como en cierto edificio famoso de Madrid « de cuyo nombre no quiero acordarme. »

Preciso fué añadir la escalera exteriormente, lo que daba un aspecto original á la construcción ideada por M. de Balzac. Esta particularidad es bastante conocida, pero no lo es tanto la de que, apenas concluida la casa en cuestión, M. de Balzac se encerró en ella, y compuso un drama.

El escritor reconociendo la necesidad de un ayudante como tienen la mayor parte de los autores, sobre todo los autores de pluma fecunda, pero no queriendo sujetarse al yugo de los que llaman *carpinteros* dramáticos que en cuatro días preparan el amazon, ó llámese obra muerta de una comedia ó de un drama, tomó sencillamente un discípulo, un jóven de talento, que figura con honra en la falange literaria.

Balzac le dijo :

— Amigo mio, no piense Vd. que en mi casa llevará Vd. una existencia ordinaria; aquí no se vive mas que por la noche, por el día todo el mundo duerme, excepto yo que, como tengo mucho que hacer, duermo muy poco.

El jóven hubo de conformarse al reglamento; Balzac se le llevó á su casa una noche á las diez, y principió diciéndole :

— Como todavía debe Vd. conservar sus antiguos hábitos, acnétese Vd., que ya le mandaré despertar cuando sea hora.

En efecto, á la una de la mañana entró en la alcoba del jóven un lacayo, y le dijo :

— Mi amo le suplica á Vd. que se levante.

El jóven se levantó, y pasó al comedor, donde encontró una mesa puesta; la comida se componía exclusivamente de carnero asado y acederas. Despues le dieron una taza de café bien negro.

En el instante en que el jóven tomaba el último sorbo del café, entró Balzac en el comedor vestido con aquella bata que usaba, y que le daba la apariencia de un fraile, y le dijo :

— Ahora vamos á principiar el trabajo.

Y le llevó á otra pieza, donde había sobre una mesa de escribir una mano de papel blanco, y le dijo :

— Escriba Vd. — *La Escuela de los Casados*.

Balzac se puso entónces á pasearse de prisa por el cuarto, dictando escenas inspiradas que bastaba escribir correctamente para que quedaran terminadas desde luego; este trabajo duró hasta las siete de la mañana, hora en que se retiró del despacho el novelista.

El lacayo entró un momento despues, y dijo al jóven :

— Mi amo le suplica á Vd. que se vuelva á la cama.

A las doce del día le llamaron de nuevo para hacer otra comida; luego le dejaron libre cuatro horas para pasearse, y así se continuó aquel trabajo, con intermedios de carnero asado y acederas, café y ratos de descanso.

La comedia estuvo lista en quince días. Balzac la mandó imprimir inmediatamente, é hizo tirar solo doce ejemplares.

Por una casualidad dias pasados hemos tenido en nuestro poder un ejemplar de la *Escuela de los Casados* que, segun la idea de Balzac, es una intriga por el estilo de las de Molière y Beaumarchais.

Los cinco actos pasan en una tienda de novedades. El dueño, un pobre hombre de unos cincuenta años que sirvió bajo los órdenes del Emperador, vivía de un modo patriarcal entre su madre, su mujer y su hija... únicamente, su oficio le obligaba á tener en su casa muchas costureras. Adriana era una de estas, la primera de todas y la mas linda, con su perfil pronunciado, sus ojos azules y sus cabellos rubios con bucles á la inglesa; el buen comerciante la hallaba tan bonita, que la miraba con buenos ojos, lo mismo que si estuviera enamorado.

Aquí principiaba el drama de familia. El tendero se veía obligado á marchar á Ruan para hacer compras en las fábricas, y su mujer se aprovechaba de esta ausencia para despedir á la hermosa Adriana.

En el segundo acto, el comerciante volvía de su viaje, y lo primero que hacia era notar la ausencia de la costurera, pero se callaba.



— Habrá salido con algun encargo, pensaba para sí mientras abrazaba á su mujer y á su hija.

Pero poco á poco descubria la verdad; ¡cosa terrible!

— Has despedido á Adriana, decia á su mujer; voy á salir, y ¡ay de vosotras todas si no la traigo!

En el tercer acto se presentaba con ella, y ya puede comprenderse el trastorno que causaria la presencia de la jóven en aquel interior de familia; en el cuarto acto la hija del comerciante, que oia sin cesar las lamentaciones de su madre, tomaba una resolucion fatal que le habia inspirado la lectura de un periódico judicial: habia en la cocina un cucurucho de arsénico para los ratones, y le echaba en el café con leche que debia tomar Adriana.

Inútil seria dar aquí todos los pormenores de esta accion eminentemente dramática; lo mas sobresaliente es el final del acto, donde el padre de familia mandaba cerrar todas las puertas, y sabiendo que el crimen habia debido cometerse en su casa, se instalaba en su sillón de juez doméstico, y hacia comparecer ante su presencia á todo el mundo.

Alternativamente venian la madre, la mujer y la criada á responder ante el tribunal del padre de familia; la escena era terrible... y luego cuando, por un acaso, se descubria la verdadera culpable, Balzac encontró expresiones de una realidad que aterrorizaban.

Es de notar tambien que ese papel de Adriana que, al principio parece un carácter hipócrita hecho para destruir la paz doméstica, es una creacion encantadora de gracia, de sentimiento, y sobre todo de inocencia; en el curso de la intriga se comprende que solo la fatalidad sembraba tantos odios, terrores y remordimientos en aquella pobre familia.

Acaba de morir en Paris un poeta oscuro del tiempo del Imperio, que se hizo célebre, y sobre todo que hizo una buena fortuna, no por sus versos, que á la verdad eran bastante inferiores, sino por el error de un funcionario público, error que divirtió mucho á la corte de aquel tiempo.

Nuestro poeta era entonces un jóven pobre de talento y de dinero, que habia agotado los escasos recursos de su imaginacion en cantar las lisonjas de los poderosos del dia sin haber podido obtener la mas insignificante recompensa. Por fin llegó á ocurrírsele la idea de escribir una oda á la princesa Paulina, la hermana favorita de Napoleon, y en el desorden de sus inspiraciones poéticas habia mezclado los elogios de la princesa con el sueño filantrópico de una paz general, la quimera de aquel tiempo.

Muchas veces se ha dicho que hay grandes efectos hijos de causas muy pequeñas. Una de las camaristas de la princesa tenia un parentesco lejano con el poeta, é interesándose en su suerte, eligió un momento favorable para leer la epístola á S. A., quien lisonjeada con tantas alabanzas, pues es de advertir que la camarista habia saltado con habilidad los pasajes que no tenian relacion con las gracias de su augusta ama, prometió su proteccion en debida forma al autor de tantas lindezas.

— ¿Y dónde está ese jóven?

— Está aquí, en la antecámara, señora.

— Pues que entre, dijo la princesa.

Un momento despues nuestro poeta se hallaba en el perfumado gabinete de Paulina, delante de su providencia futura.

— ¿Qué puedo hacer por Vd? le preguntó la princesa, despues de haberle dado las gracias por sus versos.

— ¡Oh, señora! desearia una recomendacion cualquiera para obtener un empleo de poca importancia en el ramo que haya una vacante.

— En ese caso le daré á Vd. una carta para Fouché; justamente ayer se me quejaba de que nunca le habia pedido ninguna cosa; vamos, pues, á ponerle á la prueba.

El poeta se inclinó hasta el suelo, considerándose ya como el mas dichoso de todos los hombres. La princesa Paulina corrió á su escritorio, y como quisiera la casualidad que aquella vez se hallaba en uno de esos dias de inspiraciones en que parece que las ideas y las frases se estampaban ellas solas en el papel, escribió á Fouché una peticion en toda regla hablándole de M. D... como de un hombre superior, bueno para todo, y en cuyo porvenir se interesaba vivamente.

Una hora despues, el protegido estaba á la puerta del poderoso funcionario, pero como nadie le conocia, claro es que no logró pasar de la antesala ministerial, y que debió dejar su recomendacion en manos indiferentes. Por eso el memorial del infeliz poeta cayó en el monton de las súplicas cotidianas que pasaban del despacho del ministro á las estufas del ministerio.

Sin embargo, cuando Fouché volvió por la noche del consejo de ministros, le entregaron todos los papeles, y afortunadamente hubo de notar en uno de ellos las armas de la casa imperial; presuroso el alto funcionario, abre la carta de recomendacion, la lee y ordena inmediatamente que al otro dia á las nueve de la mañana se hallen dispuestos cuatro gendarmes para escoltar su carruaje. La servidumbre creyó que se trataba de marchar al palacio de Saint Cloud para alguna comunicacion importante; pero grande fué el asombro de todos cuando á la hora prefijada S. E. mandó al cochero que le llevara á un callejon oscuro situado en el barrio del Mercado. En efecto, allí vivia nuestro favorito de las musas, que habia establecido su domicilio aéreo en un sexto piso.

En aquella casa no habia portero ni tampoco habia número, de modo que fué menester dirigirse al tahonero de la esquina para preguntar donde vivia un tal M. D... de oficio poeta.

La tahonera contestó del modo siguiente:

— Conozco á un individuo de ese nombre, sumamente pobre y que habita en una guardilla de esa casa; no sé si es poeta, lo que sé es que me debe muchos meses de alquileres y muchos panecillos.

Y dicho esto, sale de la tienda y principia á llamarle con toda la fuerza de sus pulmones.

El pobre poeta asoma la cabeza por su agujero, y distinguiendo en la calle un coche y cuatro gendarmes, se imagina que el atrevimiento de sus observaciones por la paz general habra sido mal acogido por el Emperador, y que vienen á

prenderle para hacerle pagar su temeridad en una cárcel, ó cuando ménos en una casa de locos.

En su angustia, y dominado enteramente por el miedo, nuestro hombre no halló otro expediente que el de guarecerse bajo su cama, y Fouché, viendo que no habia respuesta, se decide á subir á la guardilla, que estaba, como hemos dicho, á una distancia bastante respetable de la tierra. Pero un cortesano no halla dificultades cuando se trata de probar su celo por el que manda.

No nos seria fácil pintar aquí la originalidad de aquella escena: Fouché tranquiliza al poeta, le saca de su escondite improvisado, y con su vestido de mañana, se le lleva al coche, le hace sentar á su lado, le lleva al palacio ministerial y le da un opíparo almuerzo.

— ¿Qué desea Vd. ser? le pregunta con un deseo notable de complacerle; ¿qué puedo yo en favor de Vd?

— ¡Oh! con poco me contento; lo que guste V. E.; pero de todos modos V. E. me hará un beneficio al que le estaré agradecido toda mi vida.

— ¿Quiere Vd. salir de Paris?

— Como V. E. quiera.

— ¿Iria Vd. á la isla de Elba?

— Iria al extremo del mundo, en la triste situacion en que me encuentro.

— Pues bien, le nombro á Vd. comisario general de policia en la isla de Elba.

— V. E. me deja confundido, responde el poeta que tomaba por un sueño todo lo que le sucedia desde las voces de la pañadera.

— Está dicho, voy á firmar el nombramiento, y saldrá Vd. mañana mismo. Cuando llegue Vd. á Porto-Ferrojo encontrará Vd. allí sus instrucciones, y mientras tanto le adelantaré á Vd. una pequeña cantidad sobre su sueldo.

Y al tiempo que esto decia, le ponía en la mano un rollito de oro.

El equipaje del poeta pronto estaba listo; el mismo dia marchaba en la diligencia, y poco tiempo despues llegaba á su destino.

Sucedió, pues, que en aquel momento dos competidores se disputaban la concesion de una mina de hierro en la isla de Elba; uno de ellos ofreció un interés en la mina al nuevo funcionario si le apoyaba cerca del gobierno, y en efecto, el poeta aprovechando la ocasion, escribió y logró lo que pedia, y lo que es mejor, vendió el interés futuro por una suma redonda de sesenta mil pesos, que convirtió en rentas sobre el Estado, al abrigo de todas las vicisitudes.

La primera vez que Fouché encontró en Tullerías á la princesa que se habia ausentado para tomar baños en los Pirineos, la dijo con galanteria:

— Supongo que V. A. estará contenta por lo bien que he tratado á su protegido.

— ¿Qué protegido, señor duque?

— M. D... el poeta.

— No me acuerdo.

— ¡Cómo! ¿V. A. no se acuerda de aquel poeta que me recomendó hace tres meses, un hombre por quien se interesaba vivamente?

— ¡Ah! ya caigo, dijo la princesa riendo; un pobre poeta pariente de mi camarista y que me habia escrito una oda; ¿qué ha sido de él? ¿es mozo del ministerio?

El ministro, picado en lo vivo, se guardó muy bien de confesar que habia hecho de él un gran funcionario; pero sus buenos amigos de la corte lo supieron y lo publicaron, y el Emperador fué uno de los que mas celebraron aquel lance.

Inútil será decir que la destitucion del poeta se extendió tan rápidamente como su nombramiento, pero el cesante pudo consolarse en Paris de la pérdida de su destino con sus buenos títulos de renta.

MARIANO URRABIETA.

### El Solitario del Bétis.

ROMANCE.

Por las amenas orillas  
Del Bétis, siempre frondoso,  
Que al mar con blanda corriente  
Lleva su cristal sonoro,

De interna pena afligido  
Fileno iba triste y solo,  
Interrumpiendo su llanto  
A veces con sus sollozos.

En cada objeto que via,  
Se presentaba á sus ojos  
De su mal y desventura  
Un recuerdo doloroso.

Undoso Bétis, decia,  
Yo te ví un dia hecho un golfo,  
Y hoy reducido á tu margen  
Vas plácido y silencioso.

Bellos árboles, decia,  
Yo os ví un tiempo áridos troncos,  
Y hoy os miro florecidos  
Y acopados y frondosos.

Yo os ví, fértiles campiñas,  
Un tiempo eriales toscos,  
Y hoy llenos de ópimas mieses  
Y de pastos abundosos.

Yo os ví, feraces colinas,  
Un tiempo nevados copos,  
Y hoy de Flora y de Pomona  
Ser pensiles deliciosos.

Yo os ví, pastores, un tiempo  
Sufrir las iras del Noto,  
Y hoy gozar las blandas auras  
Del regalado Favonio.

Yo ví ociosas vuestras redes  
Pescadores del contorno,  
Y de peces plateados  
Llenas y henchidas las noto.

Al contrario fué mi suerte;  
Yo me ví un tiempo dichoso,  
Y hoy me miro desdichado  
Sin esperanza de gozo.

Todo cambia en este mundo:  
Su alteracion tiene todo:  
Ménos mi mal perdurable  
Que no tiene al bien retorno.

Pues desque perdí el bien mio,  
El bien que perdido lloro,  
No puedo ¡desventurado!  
Tornar á ser venturoso.

L. E. O.

### Ejército de Anatolia.—Batalla de Kars.

Vamos á estampar aquí algunos pormenores sobre la batalla de Kars, dada el 5 de agosto por el ejército de Anatolia de Zarif-Mustafá-bajá, al ejército ruso del príncipe Bebutoff.

Desde los primeros dias de julio el ejército se hallaba acampado bajo los muros de Kars; la vanguardia estaba en Hadgi-Vely-Keni, y sus avanzadas observaban al enemigo entre el Kars-Tchai y el Arpa-Tchai.

El 26 los rusos salieron de Gumri, pasaron el Arpa-Tchai, y se establecieron en Kisil-Ichaktchack, despues de haber rechazado á los bachi-bozüks. Isman-bajá que mandaba la caballeria irregular tomó posición en Indje-Teré, y sus tropas ocuparon la línea de Kars-Tchai.

El 11 el enemigo atravesó el Kars-Tchai, y llegó hasta Indje-Teré. La segunda division del ejército recibió orden de avanzar hasta Mudgi-Vely-Keni; los bachi-bozüks cubrieron el frente de Culverim á Subahitan. Zarif-Mustafá-bajá queria rechazar al enemigo hasta Gumri, y concentraba sus fuerzas con este fin, cuando llegó un edecan del seraskier á recomendarle que estuviera alerta, pues se habia sabido que una parte del cuerpo ruso que habia derrotado á Selim-bajá en Bayacid, debia reunirse con Bebutoff. Sin embargo se decidió el ataque.

Kurchid-bajá (el general Guyon), influyó muchísimo en esa resolucion, y á sus instancias, Zarif-Mustafá-bajá dió las órdenes convenientes para el ataque. El primer cuerpo fué confiado á Kerim-bajá, y el segundo á Vely-bajá; Kurchid-bajá debia marchar con el segundo, y la reserva quedó bajo las órdenes del muchir Zarif-Mustafá-bajá.

El muchir habia proyectado hacer ocupar por un cuerpo suelto la colina de Qara-Dagh, llave de la posición del enemigo; Kerim-bajá debia formar el ala derecha, y Vely-bajá debia escalonarse á retaguardia; Kurchid-bajá adoptó el plan, pero las modificaciones que introdujo en él durante el ataque echaron á perder la combinacion.

El 5 de agosto, á media noche, el ejército otomano salió de los campamentos; la posición susodicha se ocupó por 3.000 bachi-bozüks con 3 batallones de infanteria y 4 piezas ligeras, á las órdenes de Surry-bajá. El cuerpo de Kerim-bajá llegó á las nueve sobre una altura que se une con el Qara Dagh. Pero en el mismo instante el enemigo prevenido ya, se mostró sobre la izquierda del primer cuerpo, y Kerim-bajá que no habia tomado aun su posición, tuvo que oblicuar un poco para hacerle frente, despidiendo entre tanto ayudante tras ayudante al segundo cuerpo que, contra lo convenido, no se hallaba detrás de él escalonado para sostenerle. Pero Kurchid-bajá habia cambiado el destino de Vely-bajá, y en vez de enviarle al puesto convenido, le mandó á la izquierda para cortar el ala derecha de los rusos. El vacío se llenó como se pudo con un regimiento de caballeria.

Mucho antes de que llegara el segundo cuerpo, que dió un largo rodeo para ocupar la posición imprevista, designada por Kurchid-bajá, los rusos atacaron á Kerim-bajá. Dos de sus batallones con 12 piezas de artilleria marcharon hácia la colina del Qara-Dagh, y al llegar á 400 metros de la batería turca, rompieron un vivo fuego de fusileria que mató á la mayor parte de los artilleros. Gracias á las malas disposiciones tomadas por Surry-bajá, las tropas, sin poder resistir, tuvieron que abandonar sus posiciones. Al mismo tiempo cuatro batallones rusos intentaron atacar por el flanco la derecha de Kerim-bajá, pero hallaron una resistencia enérgica; la primera línea de los turcos se condujo muy bien, y rechazó á la bayoneta á los ru-



sos, que retrocedieron dejando el campo sembrado de cadáveres.

Durante esta brillante lucha habia llegado el cuerpo de Vely-bajá. Kurchid-bajá mandó romper el fuego á la artillería, que hizo grandes destrozos en las filas rusas. Si en aquel instante hubiera cumplido con su deber la caballería turca, quizás habria triunfado el ejército otomano, pero fuera por falta de oficiales ó por otra causa, fué imposible hacerla atravesar la línea de los tiradores; las órdenes y el ejemplo del valeroso y anciano Vely-bajá no surtieron efecto ninguno.

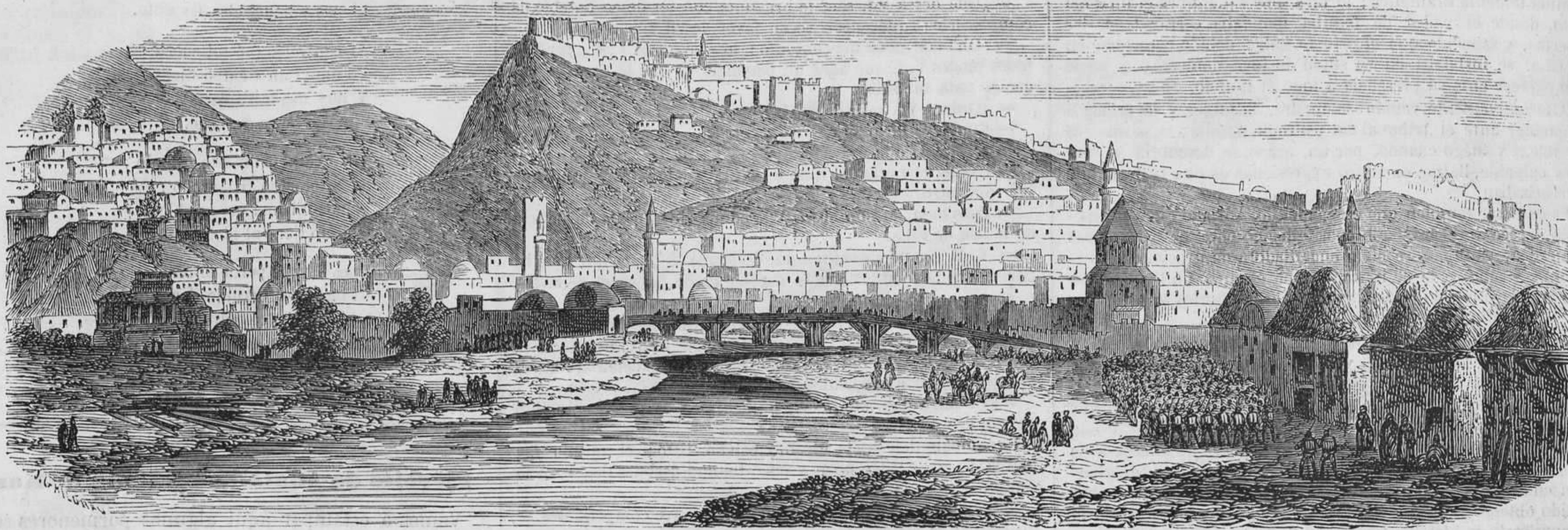
El enemigo se aprovechó de este movimiento de in-

certidumbre para establecerse sobre el flanco de Kerim-bajá. En ese momento, sin saber porqué, la reserva y una parte de la segunda línea de batalla se retiraron en tanto que la primera línea seguia batiéndose con heroísmo.

Vely-bajá habia hecho avanzar su infantería sobre la derecha del enemigo, y quizás, con el terreno que ganó habria podido proteger el cuerpo de Kerim-bajá, si los rusos no hubiesen lanzado sus reservas. Las tropas otomanas, cansadas ya, recibieron sin embargo este asalto sin retroceder, al pronto, y solo despues de una lucha encarnizada, lograron conquistar los rusos el

terreno que habian perdido. Este movimiento á retaguardia, aunque ejecutado con precision bajo el fuego del enemigo, espantó á los caballos de la izquierda, y los bachis-bozüks de Hassan-Yasidji se aprovecharon de este momento para desbandarse; el terror se comunicó al ala derecha cuya caballería se precipitó sobre el camino, quedando únicamente en la llanura la artillería y la infantería.

Vely-bajá hacia al mismo tiempo retrogradar sus tropas. Kerim-bajá debió pensar en salvar la infantería y la artillería de su cuerpo, y dió la señal de retirada. Entónces la infantería otomana recibió las cargas de



La ciudad de Kars.

dos regimientos de dragones que formaban la izquierda del príncipe Bebutoff. Un batallón colocado á retaguardia resistió, y las cargas de los dragones cambiaron de dirección, y se lanzaron sobre otros dos batallones á la derecha de la columna, que formados en cuadro, resistieron dos veces el ataque, pero á la tercera, rendidos ya, se replegaron detrás de dos batallones, cuya firmeza contuvo al enemigo. Los rusos, léjos ya de su campo, no se atrevieron á ir mas adelante.

La artillería habia seguido el movimiento de retirada; desgraciadamente, las piezas del cuerpo suelto habian perdido sus caballos, y siendo imposible arras-

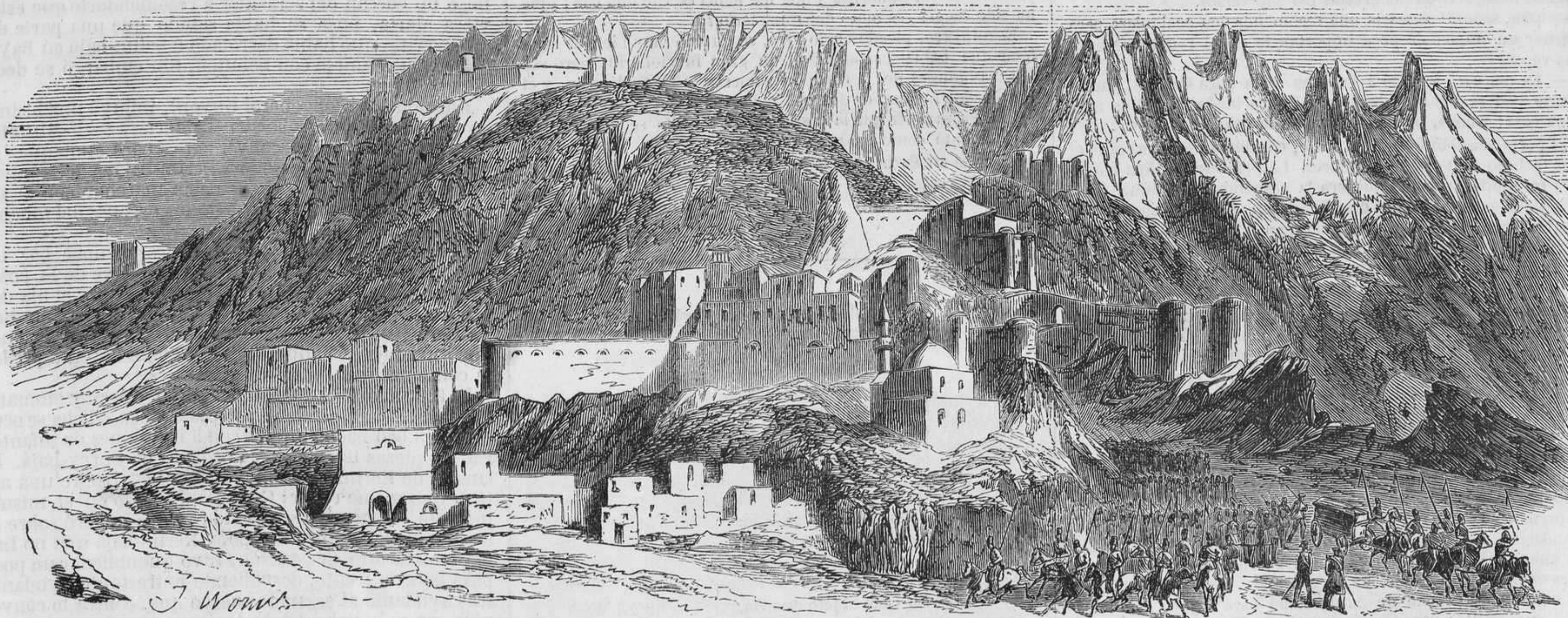
trarlas á brazo en la retirada, tuvieron que abandonarlas.

Lo mismo les sucedió á los rusos; una batería de seis piezas que habia perdido sus caballos se quedó en el campo hasta por la noche que fueron á buscarla los cosacos, y se llevaron al mismo tiempo quince piezas de los turcos: el primer cuerpo perdió 5 y el segundo 10.

La batalla duró cuatro horas, por falta de las reservas, pero fué muy sangrienta. El ejército otomano perdió 3000 hombres, y los rusos han perdido 5000, segun confiesan varios prisioneros. Por eso el príncipe Bebutoff no persiguió en retirada á Zarif-Mustafá-bajá.

El muchir llegó al anoecer á Kars, despues de haber establecido sus avanzadas en la aldea de Hadji-Vely que ocupaba por la mañana. El grueso del ejército alzó sus tiendas, y trasladó su campamento al rededor de Kars.

En suma, considerando las cosas para lo sucesivo, esta batalla es de buen presagio; hasta aquí el ejército de Anatolia no habia podido medir sus fuerzas con los rusos, y en este primer encuentro ha salido airoso. Excepto la caballería, los soldados todos mostraron el mayor valor, y quizás hubieran salido victoriosos si el plan que se habia resuelto no hubiera sido cambiado



Fortaleza de Bayazid.

durante la acción, ó si se hubiese ejecutado con mas rapidez el movimiento sobre el flanco derecho de los rusos.

La conducta de los oficiales generales otomanos es digna de todo elogio. El valiente Hassan-bajá murió en la batalla, y Zarif-Mustafá-bajá quedó herido, así como el coronel húngaro Cochimiski. Todos los oficiales europeos manifestaron la mayor bizarría.

Se pueden considerar como terminadas por este año las operaciones del ejército de Anatolia. El invierno llega muy pronto y dura mucho tiempo á la falda de las montañas que separan la Georgia de la Armenia. Probablemente el ejército otomano invernará en Kars

y en Erzerum principalmente, que ofrece mas recursos y un clima mas sano. En último resultado puede decirse que el año no ha acabado mal para un ejército que tanto ha sufrido con esas calenturas propias del país que le han robado cerca de 12,000 hombres y 28 médicos. Hoy sus tropas están muy animadas, y el estado de su salud es excelente.

Segun las últimas noticias de Kars, que alcanzan hasta el 12, el ejército ruso no ha dado un paso hácia adelante. El príncipe Bebutoff esperaba refuerzos de Tifis para tomar la ofensiva, pero la entrada en campaña de Schamyl ha trastornado los planes de los generales rusos. El célebre guerrero ha bajado de sus

montes á la cabeza de 46,000 ginetes, ha caído sobre Tifis y ha robado en las campiñas de los alrededores doce señoras de la nobleza rusa. Este atrevido golpe de mano ha sembrado la consternación en Tifis y ha obligado á los rusos á llamar de Bayazid á Erivan el cuerpo de Andronikoff.

Por último, anunciaremos que Zarif-Mustafá-bajá ha sido reemplazado en el mando del ejército de Asia por Ismail-bajá, y que al mismo tiempo se ha llamado á Constantinopla al general Guyon, Kurchid-bajá. Estos cambios son motivados por las divisiones que ha habido entre los jefes, de resultas de la batalla de Kars.

V. F.



El Cáucaso.

I. — LIGERAS NOCIONES SOBRE SUS HABITANTES. — USOS Y TRAJES.

El viajero que despues de atravesar con felicidad el mar Negro desembarca sobre las costas de la Circasia, puede trabar conocimiento sin ningun peligro con los feroces y caballerescos tcherkesses, visitar sus numerosas tribus, pasar por las risueñas y verdes comarcas de la Mingrelia, y entrar en las hospitalarias regiones



Mujeres tcherkesses, en Ghelendyk, musulmanas.

de la Imerecia; á cada paso que dé se encontrará con un cambio de trajes, de usos, de religion y de lengua. Los diferentes tipos de la fisonomía humana le demostrarán el origen de las razas mucho mejor que las disertaciones de los sabios. Despues del imerecio, verá al georgiano, al turco de Akhaltzik, al kurde errante de las llanuras del Ararat, al persa, al tártaro, al armenio, al musulman de las provincias de Cheky, de Schir-

tos de los estilos bizantino y armenio, y las elegantes y ricas arquitecturas de la Persia.

Prodigioso es el espectáculo que presenta esa mezcla de pueblos belicosos, indóciles, fanáticos que, en una extension de 800 verstes viven en la mas sorprendente confusion de razas, de lenguajes, de costumbres y de instituciones. Confinados en un país virgen é inaccesible, sin caminos, sin comunicacion con el extranjero, esos pueblos divididos á lo infinito, viven en la ignorancia del resto del mundo y sin lazo comun que los una.

En el Daghestan, vemos á los avaros y á la tribu de Mekhtuli, firmemente adictos á la casa de sus khanes; los habitantes del Akucha obedecen ciegamente al cadí, su jefe político y religioso, en tanto que los kubetchis, y los andis, gobernados por los ancianos, se entregan á la industria en sus aldeas, y solo toman las armas para la defensa de su propio territorio. Aquí los koissubulines, la tribu de Nazrane, ostentan su fidelidad á la Rusia, en tanto que mas allá los gumbetes, los itschkeris, los aukhs, se entregan al robo y al pillaje.

En otros sitios, los pueblos agrupados entre el Elbrus y el mar Negro, los kabardiens, y los nogais, observan una organizacion gerárquica y reconocen el poder de sus principes. Los abaseks componen una federacion en pequeños soberanos que, sin título reconocido, se dividen el país en cantones. Los ubuicks, inquietos y turbulentos, sufren momentáneamente la influencia de un hombre hábil, Hadji-Berseck, que sin otros derechos que su bizarría, su inteligencia y el apoyo de una dilatada familia, se erige en gobierno y conduce todos los asuntos de su pueblo. Aquí vemos simultáneamente á los djighetes y los natukhadjes, que se someten á la Rusia, en tanto que los chapsoug y los ubuicks se insubordinan.



Príncipe kazbek, traje de guerra, musulman.

En medio de ese caos de instituciones y de razas, se encuentran sin embargo algunos caracteres comunes, como verbigracia, el amor á la independencia, el ardor guerrero que se alimenta desde la niñez, mucha destreza en el manejo de las armas y en todos los ejercicios corporales, y una inclinacion innata por la rapiña. Todos esos pueblos son muy sobrios; se contentan con comer mijo cocido, y solo matan un carnero cuando llega algun huésped á su casa. Profesan el mayor desprecio á la agricultura y á todo trabajo de manos que, entre ellos está reservado á las mujeres, á los esclavos y á los prisioneros. La mujer, que se compra en cambio de armas, ganado, ó dinero, no es mas que una esclava en la casa, encargada de labrar la tierra y de las mas duras faenas.

En general las costumbres de esos montañeses son bastantes puras, sin embargo de que no tienen ley mas que á los suyos; un extranjero, ó cristiano, es infaliblemente robado sin que le valga proteccion ninguna.

El estoicismo de todos esos pueblos es extraordinario. A veces una cuadrilla de tres ó cuatro ladrones, acometida por fuerzas superiores se deja matar ántes que entregarse. Son tambien muy vengativos. Una injuria, un odio de familia se transmiten de generacion como una herencia, pero si la familia del agresor es rica, entónces puede haber reconciliacion, habiéndose visto muchas veces que el ofendido deja de asesinar al ofensor por cierta cantidad de dinero. Estos asuntos se resuelven en virtud del *Adat*, que es la ley antigua, fundada en tradiciones anteriores, la mayor parte al islamismo. El *Adat* varia segun las tribus, en tanto que el *Chariat*, ó la ley civil, que emana del Alcoran es la misma entre todos los musulmanes.

Aunque esos rasgos generales pertenecen mas ó menos á todos los habitantes del Cáucaso, hay sin embargo pueblos que se distinguen por calidades particulares. Entre los hábitos de rapiña que acabamos de señalar, se notan los suaves de los karatchais, á la falda del Elbrus, de los kubetchis y de los andis en el Daghestan,



Príncipe ubukh con su atalyk ó ayo.

tribus pacíficas que solo se ocupan de su industria y de sus rebaños. En la misma comarca se admira la vida laboriosa de los avaros, de los koisubulines y los salataves; un fenómeno desconocido entre los adighs y que no se presenta mas que entre los lezgues, es el ardor del fanatismo musulman y la influencia del clero. La aparicion de profetas como Kasi-Mollah y Schamyl son su doble carácter político y pontifical, y la extension de



Príncipe imerecio, traje de guerra, cristiano.

la secta guerrera y religiosa de los múridas han producido notables modificaciones en el estado de esa parte del Cáucaso.

Toda esa aglomeracion de pueblos heterogéneos que, excepto algunas tribus idólatras se hallan divididos entre las dos religiones cristiana y mahometana, no comprende mas que una poblacion varonil de tres millones, repartida del modo siguiente:

Al Norte y fuera de las montañas en la provincia Ila-

van, de Bakon, de Kuba, y á las tribus lesghianas del Daghestan de origen tan diverso. Bajando las montañas hácia las estepas, se encontrará con el tártaro nogai, y los valerosos cosacos de la Linea, raza eslava intrépida é incansable. Podrá ver alternativamente las nieves eternas del Elbrus, y del Kazbek, las selvas virgenes de la Imerecia, el risueño valle de Kakhecia, las rocas sombrías y los negros precipicios del Daghestan, y por último podrá contemplar los pesados monumen-



mada del Cáucaso, cosacos del mar Negro y de la Linea, aldeanos rusos, habitantes de las ciudades, pueblos indigenas sometidos 300,000

Del mar Negro al mar Caspio, á lo largo de la cordillera caucasiana y en sus numerables ramificaciones, 1,200,000 montañeses, sometidos ó independientes.

Al Sur de la cordillera, entre los dos mares y hasta las fronteras de la Rusia y de la Turquía 1,400,000 habitantes, la mitad cristianos y la otra mitad musulmanes.

La division infinita de las tribus del Cáucaso y la hostilidad que reina entre ellas, manifiestan su poca sociabilidad; sin embargo, á veces se unen y obedecen momentáneamente á un solo jefe para defender un interés comun, rechazar una agresion ó emprender una guerra. En estas federaciones repetidas bien á menudo se encierra toda la historia del Cáucaso, como lo veremos en el artículo siguiente.

## MARGARITA PUSTERLA.

### XI.

#### LA PRISIONERA.

¿Y Margarita?

Dichosos de este mundo, si esta narracion entera no está hecha para vosotros, este capítulo, que no trata mas que de sufrimientos solitarios, os conviene todavia ménos, y por consiguiente intentariais en vano el comprenderlo. Pero aquel que sufre, aquel que ha sufrido, me entenderá y compadecerá las desdichas de Margarita.

Ninguno de mis lectores tal vez (porque no puedo prometerme que estas páginas vayan mucho mas allá de los límites de Milan), ninguno de ellos ha atrevido el puente de la puerta Romana sin echar una ojeada á la casa que se ve á la derecha, con bajos relieves, que representan la reedificacion de Milan, verificada por los aliados lombardos. Estas esculturas, testimonio de la tosca ejecucion que se empleaba en las bellas artes del duodécimo siglo, adornaba la puerta de la muralla, construida y abierta con dos arcos, precisamente en tiempo de la liga lombarda.

En el sitio de que acabamos de hablar, habia Luchino levantado una fortaleza que se extendia muy lejos sobre los bordes de la calle del Ferragio y del foso de las fortificaciones. En la época en que tienen lugar los acontecimientos de nuestra historia, no se hallaba todavia terminada aquella fortaleza. Solo estaba concluida una torre muy elevada.

Margarita fué encerrada en el piso superior de esta torre. El cuarto en que se la puso no se parecia en nada ni tenia nada que revelara esa triste sudead que es el primer castigo infligido por lo que se llama la justicia al hombre que no ha sido ni podido ser todavia declarado culpable.

Una ventanilla permitia á la cautiva ver á través de sus hierros la parte superior de las casas de la ciudad.

Tambien se apercibia de la vida que se agitaba en derredor suyo: aun oia el ruido de las campanas, las cabalgatas, el estrépito de los talleres: veia el cielo, el sol, la verdura, débiles indemnizaciones, tristes consuelos para un corazon que habia perdido todo, indemnizaciones, sin embargo y consuelos á los ojos de aquel que conoce su inestimable precio, cuando los refinamientos de la crueldad le han probado el valor inmenso que tienen viéndose privados de ellos.

Estaba, pues, solitaria, en situacion enteramente contraria á todos los hábitos de su vida, á la libertad de sus ocupaciones y de sus ocios. Necesitaba vivir bajo el poder de gentes desconocidas, que jamás le dirigian una palabra de compasion, ni una sola mirada de piedad; allí todo ruido es una mano glacial que le estrecha el corazon, todo rechinar de los cerrojos es una puñalada!

¿Y porqué este suplicio?

Una profunda oscuridad le oculta toda cosa. ¿Y qué se han hecho todos aquellos objetos queridos de su corazon? ¿Ah! las lágrimas que no habian corrido cuando solo contemplaba sus propios infortunios, salian á torrentes de sus desolados ojos apénas fijaba el pensamiento en su hijo y su esposo. Estremecida, ocultaba su cabeza entre sus manos y caia al suelo de rodillas dando gritos de desesperacion. En seguida sufría una alternativa de calma y de delirio, de esperanza y de temores, de reflexiones animosas ó de abatimiento profundo, imaginaciones dichosas ó terribles, que se desvanecian con el ruido de las cadenas ó de las llaves que giraban en las cerraduras de los calabozos, recordando á la desventurada la sombría realidad.

Mientras que Margarita se veia abandonada de esta suerte á sus sufrimientos, Luchino dijo un dia sonriéndose al bufon, su compañero inseparable:

— ¡Grillincervello!

— ¡Señor!

— ¡Y bien! recuerdas tú la hermosa dama que te enseñé tiempo hace en el mirador de la Balla, y de la que me dijiste...

— Que no era avena para tus dientes, señor, contestó el bufon.

— Adivina donde está.

— No es esa mi profesion.

— ¡Insolente!

— Sincero.

— En fin, ¿sabes dónde está?

— Espero saberlo.

— ¿Cómo?

— Vos me lo diréis.

— Encerrada.

— En la jaula, ¿no es verdad? dijo Grillincervello.

— ¿Luego?

— ¡Hum!

— ¿Qué significa eso?

— Que andeis con tiento, replicó el bufon.

— ¿Porqué así?

— Porque tal vez sea todo eso un poco prematuro.

¿Cuántas veces he visto yo en vuestro plato algun delicado manjar que me convertia los dientes en agua, y sin embargo de eso sabia que no habia de entrar en mi boca? Me tenia que contentar con gozar de su buen olor.

Luchino sonrió, y añadió:

— Dí al carcelero que al punto venga aquí.

La etiqueta era entonces ménos refinada que lo ha sido despues: de tal suerte que el astrólogo y el bufon, el carcelero y el verdugo formaban parte de la corte. Por lo cual no debe sorprender que se establezcan relaciones directas entre el soberano de Milan y el alcaide de la prision.

El carcelero de Margarita, llamado Macaruffo Lasagnone, era un hombre alto, ancho, con manchas en la piel; sus ojos vizcos estaban sepultados bajo el arco de sus espesas y revueltas cejas; sus cabellos rojos caian desmelenados por su frente y formaban un cuadro singular á la parte pequeña de las facciones que no ocultaba una barba sucia y espesa. Su fisonomia era muy á propósito para dar náuseas y causar miedo.

Lasagnone habia nacido en el Bergamasco, pero cansado de trabajar como sus buenos compatriotas, entró en las filas de los *giorgi*, y tomó parte en sus devastaciones. Pero como no tenia valor suficiente para lograr grandes ventajas en este oficio de bandido, no tardó en caer en manos del capitán de justicia.

Otro cualquiera hubiera sido colgado. Para él este fué el principio de su fortuna. Vamos á ver de qué manera.

Denunció tan perfectamente y dió tales noticias contra sus antiguos camaradas, que Lucio lo tomó bajo su proteccion, y viendo su repugnante figura y su alma aun mas dura que lo que anunciaba su mala fama, lo empleó primero de vigilante, y lo convirtió despues en carcelero de la torre de la puerta Romana.

Bajo con sus superiores, intratable y áspero con sus subordinados, no fué desarmado por la dulzura inalterable de Margarita, y se complacia en hacerla sufrir esos mil suplicios, esas torturas diarias que agravan tan pesadamente los grandes infortunios.

Para dar de ello una muestra, referirémos, sin contemplacion ninguna á la dignidad de la historia, esta minuciosa circunstancia.

Un dia (era en el mes de mayo), Lasagnone entró en la prision con una hermosa rosa en la oreja. Una flor, sus frescos colores, su encendido brillo, despertaron muchas ideas tiernas en el alma de Margarita. Apoderándose de ella un inocente deseo y señalando á la rosa con dulce emocion, dijo al carcelero:

— ¡Dádmela!

— ¡Ah! si, os agrada, respondió el bruto.

Cogió la rosa entre sus dedos, la olió, hizo como quien se la ofrecia, y retirándola de repente y deshojándola, la arrojó por la ventana; en seguida, sonriéndose como si hubiera hecho una gracia, se marchó.

Sin duda esto no es nada. Sin embargo, el golpe fué duro: Margarita recordó su grosería, y cuando pudo desahogarse con una persona de su confianza, recordó esta escena ántes que otras mil injurias recibidas.

Grillincervello introdujo á Macaruffo en el apartamento del príncipe, preferentemente á todos los que aguardaban que se dignara darles una audiencia, y sacudiendo, para que sonaran mucho, sus campanillas, imitaba maliciosamente el ruido de las llaves que agitaban los pasos de Macaruffo.

Paróse este con el birrete en la mano en un rincón de la puerta, y desde allí hacia muchas reverencias y saludos. Pero el bufon le dijo golpeándolo:

— ¡Cuidado, grosero gañan, cuidado con destrozarte la alfombra! Repara que es de damasco, y si la rompes la compondré con un pedazo de tu pellejo...

El carcelero no contestó.

Luchino le pidió noticias de Margarita, y le preguntó que decia de él.

Deshízose el esbirro en cortesías, pronunció mil *señorías* y *serenísimas*, y no supo que responder, porque no podia adivinar en el impenetrable aspecto del príncipe si Margarita debia haber dicho mal ó bien del señor, ó si era conveniente que hubiera guardado profundo silencio.

Por fin, Luchino dijo al carcelero:

— En lo sucesivo, que se dulcifique el tratamiento que recibe. Tú vendrás todos los dias á las doce por un plato de mi mesa para llevárselo, y le dirás que el príncipe se acuerda de ella.

Grillincervello por su parte dijo á Luchino, apuntando al carcelero:

— Lasagnone mereceria su apodo de Pesadote en grado superlativo si no suavizara su pecho con ese plato, y si no os diese á entender que la dama se mejoraba y os daba las gracias por la atencion.

— Bien pudiera suceder, respondió Visconti soltando una carcajada, bien pudiera suceder que ese plato le hiciera el mismo provecho que la liebre del otro dia al que la comió.

Es menester que se sepa que habian prendido la vispera á un desgraciado que tuvo la imperdonable audacia de matar un lebratillo. El príncipe habia decretado friamente que el delincuente se comiera al animal crudo con los huesos y la piel entera. La sentencia fué Grillincervello comprendió la alusion, y exclamó: ¡Ejecutada y costó la vida al condenado á tan singular suplicio.

mando:

— ¡Dios guarde á los perros de tales presas!

Despidió á Macaruffo dándole un puntapié.

Lasagnone se retiró deseando que el desayuno de aquel bufon charlatan fuera envenenado por haber descubierto su designio acerca de los platos de la cocina del príncipe.

### XII.

#### LAS DESVENTURAS SE AGRAVAN.

Sucedió que al dia siguiente, á la hora en que Macaruffo tenia costumbre de llevar á Margarita un pan, una escudilla de sopa y un jarro de agua fresca, se presentó ante ella con una fisonomia mas amable y semejante á la de un oso haciendo cortesías.

Tenia por objeto esto el agradar á aquel que hubiera sido igualmente obedecido, si hubiese dicho:

— Déjala morir de hambre; que así se amoldan las almas viles y toman la forma que les quieren dar algunos miserables, oprobio de la humanidad.

Cuando hubo dejado en el suelo la vasija del agua y arreglado la racion, como quien quiere estimular el apetito con una cosa inesperada, dijo:

— ¿Qué hay despues de esto? ¿Qué golosina tiene su señoría? Luego, con mucho tiento, y casi iba á añadir, con devocion, levantaba los pliegues de una servilleta, y dejaba ver un apetitoso guisado. Aspiró su olor, y poniéndose la mano en el pecho exclamó: « ¡Cosa buena! » Luego colocó el plato delante de la desgraciada Margarita, quien, á aquellas gracias tan insólitas y tan grotescas, á aquella voz tan singularmente adelgazada y tan desgraciadamente atenta, no respondió sino con una sonrisa melancólica.

— Su señoría, dijo el carcelero, el ilustrísimo señor Luchino, nuestro amo y soberano de Milan, os envia esto, diciendo que todos los dias hará lo mismo, porque quiere que seáis, señora, tratada como él mismo; y ha dicho que se acuerda de vuestra señoría.

Ningun consuelo le dió á Margarita el cambio producido en la conducta de su opresor. Conoció que aquellas consideraciones ocultaban alguna artificiosa trama, que aquellos procedimientos podian ser un nuevo lazo que se la tendia, y vió abrirse en su imaginacion una serie de sufrimientos nuevos, de terribles pruebas y martirios. Levantando, pues, sus ojos al cielo con una mirada que oscurecian las lágrimas, dejó caer involuntariamente de sus labios estas palabras que brotaban de su afligido pecho:

— ¡Señor, en vuestras manos me pongo!

Volvióse luego á Macaruffo, y apartando suavemente el plato que este le presentaba:

— No, dijo ella, no: esos manjares delicados no guardan consonancia con mi posicion. Ese pan y esa taza de sopa bastan para mi alimento. Buscad por favor á un pobre, á algun enfermo necesitado á quien conozcais, dadle ese plato y pedidle que ruege á Dios por mí.

— ¡Cómo! ¿no lo quereis? exclamó Lasagnone estupefacto y trasportado de alegría con la esperanza de aprovecharse él mismo de tan buena fortuna.

— No, respondió Margarita.

— ¡Pero oled, oled, es un perfume! ¡es un bocado capaz de resucitar á un muerto!

— ¡Tanto mejor! replicó Margarita; el pobre lo comerá con mas gusto.

— Pero... repuso Lasagnone con aire serio y contrito; el príncipe ha ordenado que se os dé á vos misma, ó que me costaria caro. Me ha amenazado... que el Señor me preserve...

Margarita no contestó.

— Señora, dijo el carcelero que insistia apremiado por el miedo.

— Basta.

— Es que...

— El príncipe no lo sabrá. Acepto, como si lo hubiera comido. Haced con ese plato, os lo suplico, lo que os he dicho.

— ¿Es menester pues dárselo á un pobre? prosiguió el carcelero.

— Sí, y que ruegue por los que sufren, y tambien por los que hacen sufrir.

— ¡Buen provecho le haga á su señoría! exclamó Lasagnone, y haciendo una reverencia inusitada, cerró la puerta, y se fué tan contento, que creyó que soñaba.

Aun no habia llegado á la mitad de la escalera, cuando se sentó en uno de sus peldaños, puso el plato sobre sus rodillas y comenzó á devorarlo con ansia. En el éxtasis de su glotonería se lamentaba de la escasez de la racion, y chupándose los dedos, y los labios, manchándose la barba lamiendo el plato, envidiaba casi al aire que le robaba alguna de sus emanaciones.

Luchino montó á caballo al dia siguiente y se dirigió á la prision.

A su llegada bajan el puente, los centinelas gritan, la guardia acude, todos se disponen á obedecer su menor gesto, ¿y esto porqué? porque lleva el nombre de señor.

Hinchado con tantos homenajes, embriagado con la obediencia general y la comun bajeza, se retira á un



apartamento que habia preparado en aquella torre como un refugio seguro contra el primer impetu furioso de un movimiento popular. Mientras un paje lo desembaraza de su armadura, ordena que vayan á buscar á Margarita.

Luchino la aguardaba en un magnífico sillón con esculpturas doradas. Sus ojos, llenos de vivacidad, iluminaban un rostro de varonil belleza, y la madurez de la edad habia marcado de un modo indeleble las arrugas que habian formado prematuramente la cólera y el orgullo. Una rica cabellera caía en sortijas de su cabeza descubierta sobre sus anchos hombros, y sus miradas, clavadas en la puerta, expresaban cierta mezcla de vergonzosos deseos y venganza satisfecha.

Margarita compareció ante él con un vestido modesto y de color oscuro, pero que revelaba en sus pliegues y su arreglo los hábitos elegantes de la mujer graciosa que arrancara en otros tiempos á los que la contemplaban un grito de admiración. ¡Cuánto habia cambiado desde entonces! Sin embargo, en medio de los estragos causados por el dolor, su belleza era todavía más interesante y atractiva, que lo que hubiera deseado la misma Margarita para evitar los criminales intentos de su opresor.

Luchino saludó cortesmente á aquella desventurada mujer y le dijo:

— ¡En qué estado os vuelvo á ver, señora!

— En el estado en que ha tenido á bien ponerme su señoría.

— ¡Eso es! exclamó Luchino, ¡eso es! A las primeras palabras, una frase altiva y soberbia. ¿No han abatido las desgracias vuestro orgullo? ¿No valdria más que reconocierais vuestros yerros? No sería mejor que me dijerais: « Estoy en el estado á que me han reducido mis locuras y las de otro. Grandes son, señora, y poderosas, las razones que me han obligado á encerrar dentro de estos muros á una persona que sabeis como estimo... y amo.

— Ella respondió: « Si es verdad que me amáis, ¿por qué no me concedéis la primera y tal vez la última cosa que os pido y pediré? ¡Salvad á mi esposo! ¡salvad á mi hijo! » Y echándose á sus piés, le abrazaba las rodillas y repetía con toda la elocuencia de una belleza inocente y desgraciada: « ¡Salvadlos! »

— Sí, respondía Luchino: ¡su suerte está en vuestras manos! Ya sabeis la manera de salvarlos. Menos orgullo por vuestra parte, y yo los salvaré, y os los devolveré.

Margarita habia sufrido mucho temiendo que los objetos de su amor hubieran sido ya víctimas de la enemistad del príncipe. No podíamos decir si habia dirigido con reflexion esta súplica á Luchino para tratar de descubrir la verdad; pero de todos modos, cuando la respuesta le probó evidentemente que estaban vivos, no pudo prescindir de mostrar la alegría que esto le causaba. « ¡Cómo! ¡exclamó, es verdad que viven! ¡señor! ¡príncipe, por favor, restituídmelos! ¡son inocentes! ¡Yo sola soy culpable: castigadme á mí, pero no á mi hijo, no á Pusterla! ¡Ah! os lo ruego, os lo suplico con tanto ardor como emplearíais vos mismo para pedir á Dios que os perdonara en la hora de vuestra muerte... Permittedme que los vea... que los vea una sola vez... que los estreche en mis brazos... ¡Y luego, imponedme el suplicio que queráis! »

Avergonzado Luchino de haber dejado penetrar su secreto y de haber dado así ventajas contra él, cometió nuevas torpezas queriendo enmendar la primera, y poco tardó en hacerla saber que Pusterla y Venturino no habian caído en sus manos. Al oírlo no reconoció límites la alegría de Margarita; su rostro se inflamó de júbilo, y no abrigando temor alguno por la suerte de los objetos que tanto amaba, recobró toda su arrogancia, y despreció las insinuaciones del tirano.

Al retirarse le dijo él enfurecido: « Tiembla, porque no sabes hasta donde puede llegar mi venganza. »

Margarita levantó los ojos al cielo, llenos de esa pura serenidad que brilla en la frente de la virtud que escapa del peligro, y dando gracias á Dios volvió á su encierro.

Grillincervello salió al encuentro del príncipe, y con una sonrisa impertinente quiso burlarse de su percance. La ocasion no era oportuna; la tempestad estalló sobre el bufon, que arrojado desde lo alto de la escalera de la prision hasta abajo, con gran contentamiento de los cortesanos, quedó cojo para el resto de sus dias.

Para distraer su enojo y calmar su furor, llamó Luchino á su canceller y se ocupó con él de los negocios del principado.

— El castellano de Robecco, dijo el canceller, avisa que se ha prendido á un pastor en los bosques de vuestra señoría con una rama de árbol que trabajaba.

— Que le corten las manos, respondió Luchino.

El secretario se inclinó y continuó:

— En la aldea de Abbiate Grasso, donde se halla la quinta de vuestra magnificencia, han alojado á un peregrino que venia de Toscana, y se han declarado algunos casos de peste.

— Que se queme la posada, al peregrino, á los huéspedes y todo lo que haya.

— El condestable Sfolcada Melik escribe desde Lecco que uno de sus soldados ha robado la azada de un labrador.

— Que lo ahorquen y que cuelguen junto á él el objeto robado.

— Eso se ha hecho, y al gañan se le ha pagado la azada. Pero este ha venido por la noche á la horca para coger su útil.

— ¡Bueno! que lo cuelguen tambien en el mismo sitio que al soldado.

— Vuestra serenísima será obedecida. Aquí hay una carta de Ramengo de Casale.

— ¿Que dice?

— Escribe desde Pisa, que sigue la pista á la presa que vuestra serenísima desea hacer, y que pronto os la entregará.

— ¡Ah! ¡muy bien, muy bien! ¡muy oportunamente en verdad! exclamó Luchino con una sonrisa de salvaje consuelo.

— Implora además el perdon de todos sus delitos y de los de su hijo.

— ¿De su hijo?

— Sí señor.

— No lo conozco.

— Se reserva el hacérselo conocer á vuestra magnificencia.

— ¡Bien, bien, sí! expedidle el diploma de impunidad completa y absoluta, pero que trate de poner pronto en mis manos lo que sabe.

Salid.

El canceller se retiró.

Luchino se quedó saboreando la feroz esperanza de vengarse.

Fácilmente se concibe que muchas de las órdenes crueles de aquel día recayeron sobre Margarita. No solo se le quitó el aumento de comida, que no habia admitido, sino que la metieron en un calabozo subterráneo, bien distinto de la celda que ocupaba en lo alto de la torre. Macaruffo fué mas duro que nunca, y como habia ablandado un poco desde que se añadió el plato de la mesa del príncipe, de que él se aprovechaba, le incriminó el no haberse aprovechado de lo que era un beneficio para él, y le hizo sentir el enojo que esto le causaba.

Margarita, en tanto, privada del espectáculo de la naturaleza, privada del sol, del cielo, de la verdura, de los melancólicos rayos de la luna en el seno de una hermosa noche; privada de todas las distracciones que la vista de la atmósfera y de la vida que se agitaba al rededor suyo podian procurarle, estaba mas tranquila. Mas de una vez Lasagnone, acercando el oído á la puerta del calabozo, con la bárbara esperanza de escuchar y deleitarse oyendo las quejas de la desventurada, no habia oído mas que las letanias que cantaba con acentos suaves, parecidos á los de una flauta que resuena á lo lejos, y las oraciones que dirigia á la Madre de los Aflijidos. Sabia ella que su marido y su hijo gozaban en libertad de las delicias de la luz, y su imaginacion apaciguada se complacía en seguirlos por los sitios en donde debian estar.

Estas imágenes queridas, acariciadas durante la ociosidad de sus dias, se reproducian en seguida durante sus sueños y la consolaban siquiera en aquellos instantes. Todavía sufría, sí, pero un rayo de paz habia iluminado su alma, y á veces hubiera parecido alegre.

Su calabozo recibía únicamente por arriba la luz; la abertura por donde pasaba á flor de tierra, daba á un patio en donde paseaba un centinela. De vez en cuando veía traer algún nuevo desgraciado y temblaba; otras veces ponian en libertad á algún preso y se alegraba: alguno lo sacaban al patíbulo y le ocurría decir: « ¡Por lo ménos ese va á morir! » Y sus ojos se llenaban de lágrimas, se arrodillaba y lloraba; luego, como si la idea de la muerte, que causa tan gran terror á los dichosos del mundo, la tranquilizase, probándole que sus males no serian eternos, se sentaba mas resignada sobre su tablado, y allí recordaba sus dias pasados, sus virtuosos deleites, los bienes que habia hecho: pensaba en los que amaba, en sus esperanzas; repetía las canciones que habia oído ó que habia cantado ella misma, cuando joven todavía erraba por la pradera cogiendo flores en la primavera y haciendo ramilletes. El estío le venia tambien á la memoria, recordando la barca en que se dejaba deslizarse entre las márgenes felices del Vergante, mecida por una apacible brisa, saludando las bellezas de la naturaleza y ofreciendo al Criador el homenaje de un corazón puro y alegre. A veces salian de su tierno pecho dulces acentos de cantinelas amorosas, otras de melancólicas armonías, mas acordes con el estado de su alma. Una romanza sobre todas le heria directamente el corazón: Buonvicino la habia compuesto en otros tiempos, y la acompañaba sobre el laud cuando Margarita la cantaba.

Ella la repetía una y mil veces en su prision, y engolfada en su canto se creía trasportada á aquellos tiempos en que sus dias corrían apacibles como las mansas aguas del río, como el céfiro blando que agita levemente las hojas de los árboles, al paso que arrebatava su aroma delicado á la entreabierto rosa, hija de la mañana, tranquilos como las inmóviles aguas de un lago cristalino, que platea con sus rayos el astro de la noche.

Así pasaban los dias de aquella desgraciada, lleno el pensamiento de recuerdos, con el corazón rebosando de esperanzas.

Sus cantares fueron interrumpidos un dia cerca del anochecer por unas pisadas desconocidas, porque no eran las que tenia costumbre de oír, en el patio de que hemos hablado. Oíanse risas irónicas y carcajadas estrepitosas, denuestos, insultos, injurias y al mismo tiempo quejas suaves y mas dulces que las que suelen por lo común oírse desde un calabozo á los compañeros de prision y desventura.

El corazón del desdichado tiene siempre abierta una puerta que da entrada al temor. Con la ansiedad de una tierna paloma que ha visto al buitre carnívoro

contemplar su nido fecundo y cernerse sobre él, Margarita se encaramó como le fué posible al respiradero que daba penoso acceso á la luz y al aire, que recibia su encierro, y con sus blancas y delgadas manos se quedó pendiente de las gruesas barras de su reja mirando á la muchedumbre que se habia reunido allí y que obstruía el patio. Vió á un niño cuya blonda cabellera caía en madejas sobre su frente y sus espaldas, y que llorando y agitándose entre las manos de los soldados gritaba: « ¡Padre mio! ¡padre mio! » extendiendo los brazos hácia un hombre que cargado de cadenas llevaba pintada en el rostro la desesperacion.

¡Ah! Margarita lanzó un grito, ese chillido agudo de un hombre á quien han herido en el corazón con el frío y penetrante acero, y cayó desmayada en el suelo. Sus ojos, sus oídos, aunque á distancia y con la luz incierta del crepúsculo le habian permitido reconocer en aquellas dos desventuradas personas á Pusterla y Venturino.

¡Desgraciada madre! ¡desgraciada esposa! ¡desgraciada mujer! ¡Si al ménos hubiera podido conservar la ilusion!

## El Cáucaso.

### II.

HOSTILIDADES DE LOS RUSOS CONTRA EL CAUCASO. — ESCENAS DE GUERRA Y DE COSTUMBRES.

Las hostilidades de los rusos contra el Cáucaso datan de época muy antigua. Principes rusos fueron los que arrojaron á los sucesores de Mitridates el Grande del reino del Bósforo en el cual se sostuvieron hasta la irrupcion de los hunos. El príncipe Swiatoslaw fundó la ciudad de Tmoutarakan en la isla de Taman, y que en los siglos X, XI y XII fué capital de un principado; pero la invasion mongola puso fin al dominio ruso, en términos que sus huestes no volvieron á reaparecer en el Cáucaso hasta el siglo XVI. En el año de 1586 se establecieron de nuevo en las márgenes del Terck construyendo con el nombre de Tjumen una poblacion en la embocadura de este río al mar Caspio, abandonando empero aquel país al cabo de algunos años. A fines del mismo siglo establecieron el fuerte de Koissa. En 1604 fueron los rusos expulsados por los turcos del Dahestan; mas quedaron resarcidos de esta pérdida recibiendo en virtud del tratado de paz celebrado en 1792 con la Persia las costas orientales del mar Caspio. En 1650 habíales tambien cedido el Czar de los Imericios Alejo Michaelowtsch su país, prestando al propio tiempo pleito homenaje al Czar ruso. Habiendo en 1721 llegado á conocimiento del emperador Pedro el Grande que los leghis habian asesinado varias familias rusas, marchó sin pérdida de momento contra ellos con 20,000 hombres, y despues de haberlos descalabrado, mandó construir el fuerte Swiatokrest, se apoderó de Derbend, capital que fué de Daghestan, y dictó las órdenes oportunas para que desembarquen tropas suyas en Baku, ciudad de la península de Apcheron, con el objeto de establecer sobre aquel litoral varias plazas fuertes.

Bajo el reinado de la emperatriz Ana volvieron los rusos á perder todas sus posesiones en el Cáucaso, logrando sin embargo mas tarde construir la ciudad y plaza fuerte de Kisliar sobre la márgen izquierda del Terek, que formaba los confines de las posesiones rusas en el Cáucaso. La emperatriz Isabel, en vez de conquistar territorios, formó un extraordinario empeño en atraer á aquellas tribus al gremio de la iglesia griega, enviando misioneros al país de los osentinos, pero por mas esfuerzos que hicieron estos apóstoles, y que aun construyeron una iglesia, no lograron reunir un número regular de prosélitos. Catalina II consiguió aumentar notablemente el dominio ruso en el Cáucaso, apoderándose de Kabardah: luego se sometieron á su céfiro los saporogos, aliados de los turcos, y vinieron á establecerse á las orillas del Kuban y del Terck. En 1784 invadió Potemkin, el famoso favorito de Catalina II, el Plietgorsk, y en 1784 edificaron los rusos á Constantinogorsk y Wladikaawka. Un año despues derrotó el general Lazareff tanto á Omer-Iman, como á Alejandro, Czar de la Georgia, sometiendo esta provincia á la corona de Rusia. Durante la guerra que los moscovitas sostuvieron contra los turcos apoderándose aquellos de Suchum-Kaleh y de la plaza fortificada de Anapa, capital de la Circasia; pero estas ciudades pasaron otra vez al dominio del Sultan al ajustarse la paz. El príncipe Zizianow conquistó la Abacia y tomó la plaza fuerte de Ganguia, á la que dió el nombre de Elisabethopol. Siguió en el mando superior del Cáucaso, año de 1806, Yermolow, quien tuvo que habérselas con el esforzado caudillo Amulad-bey, el Schamil de entonces. Tuvo este la fatalidad de caer prisionero, y despues de haber tenido la suerte de que se le perdonara la vida y logrado evadirse de su prision, desapareció sin que se haya vuelto á saber nada de él. En 1818 construyó Yermoloff en la Tschetschna las plazas fuertes Grosnaja y Usmatschan Yurt. Entonces fué cuando los tshetschenes tomaron la ciudadela Amir Hadschi Yurt; defendieronla heroicamente, y despues que ya habian agotado hasta el último cartucho se abrieron paso espada en mano á través de los sitiadores rusos. Consideró el caudillo ruso que con semejante enemigo le tenia mas cuenta hacer las paces. Para acordar las bases del acuerdo, ce-



lebróse un consejo de guerra, al cual fué admitido como representante de los tshetschenes un mollah (jefe de la religion musulmana, tambien magistrado civil). Pero como los generales rusos hablaban de traicion, el mollah respondió con indignacion á semejante injuria, y el general Grekoff le repuso, que si no se reportaba le haria colgar de un árbol. Esta amenaza irritó al mollah en tales términos, que se precipitó sobre el general, é hirió de muerte á él, al general Lissanewitsch y á otros dos oficiales rusos: visto esto, se arrojaron sobre él los demás circunstantes y le dejaron en el sitio.

Yermolof fué separado del mando y reemplazado por Paskiewitsch. Este nuevo caudillo no tuvo suerte, y su expedicion á la Abacia en 1834 fué de escasisimo éxito. Siguióle en calidad de interino Pankratiew, quien llevó á cabo varias expediciones, mientras que el general Pullah sufrió una terrible derrota que le causaron los tshetschenses en el puerto del Diablo. El general Wil-

gaminoff conservó el mando hasta 1839, y construyó el fuerte Nikolajerosk, durante su expedicion desgraciada contra los tsherkeses del E. El general Sass se hizo por el contrario temible á los atrevidos montañe-

ria. Entre tanto habia ido creciendo mas y mas la fama de Schamil, por lo cual fué aclamado caudillo superior de los montañeses, y desde entónces hasta hoy dia ha seguido haciendo la guerra á los rusos con una

ses, por varias incursiones de gran éxito. El general Rosen, el sucesor efectivo de Paskiewitsch, entró en lucha con el temido Kasi-Mollah, quien logró un levantamiento general de todo el Dagneston, y acometió los puntos fortificados por los rusos. Rosen á su vez no se descuidó tampoco, y en setiembre de 1832 alcanzó una victoria en los campos de Himri, batiendo tambien el 18 de octubre á los lesghis, en cuya jornada sucumbió el mismo Kasi-Mollah. Créase que con su muerte no volverian los batidos montañeses á levantar tan pronto la cabeza; pero he aquí que Ham-sad-bey, precursor de Schamil, los reanima, y colocado á su cabeza amenaza á la Armenia; pero el general Lanskoï le humilló un poco, alcanzando sobre él una gran victo-



Montañeses circasianos.



Un jardin en las cercanias de Tiflis.



impavidez asombrosa; y aun cuando de vez en cuando fué batido por su encarnizado enemigo, no puede este sin embargo jactarse de haberle vencido aun. En 17 de agosto de 1837 se apoderaron los rusos despues de un sitio de muchos meses y pérdida de algunos de sus mejores batallones de Achulko, la plaza fuerte de Schamil, pero él logró escaparse. Numerosos son los descalabros que sufrieron las armas rusas despues. Sabido es por ejemplo que en los bosques de Itschkeri destruyó Schamil casi totalmente al ejército moscovita, al retirarse de una expedicion contra Dargo. En el año de 1844 tomó el fuerte de Unsorilla, y al emprender Woronzoff por segunda vez aquel movimiento, amenazaba á su ejército en el mismo bosque la propia suerte de ántes, pues perdieron 4,000 hombres, y entre ellos tres generales.

Los hechos han ido comprobando hasta la evidencia de que Schamil es el hombre que los tscherkeses y demás tribus amenazadas con la servidumbre rusa han menester, y para que el lector forme una idea de su carácter resuelto, inflexible, severo y fuerte, consignaremos no sin íntima emoción, y hasta estupor, el siguiente rasgo de sin igual entereza y resolución:

«Hallándose los habitantes de la Tschetschna en demasia ya hostigados por los rusos, resolvieron enviar una diputacion á Schamil para que los protegiera contra las demasias del enemigo comun, ó que los autorizara para someterse al gobierno ruso. Semejantes proposiciones dirigidas á Schamil podian costar la vida á aquellos que se atrevieran á manifestarlas: así es que los representantes sedujeron á la madre de Schamil para que desempeñara cerca de su hijo tan delicada comision. Presentóse efectivamente aquella misma tarde en el aposento de Schamil, en momentos en que con el Coran en la mano despachaba mensajes á varias tri-



Armero circasiano.

Schamil incontinenti á otra estancia, en donde permanecieron los dos hasta media noche. A la siguiente mañana recibieron los diputados por conducto de la delegada la respuesta de que Schamil habia declarado no osaba decidir por sí solo en tan grave asunto, y que se habia dirigido á la mezquita, para allí esperar, entregado á constantes oraciones y riguroso ayuno, á que el profeta le revelara su voluntad suprema. Schamil continuó en la mezquita tres dias con sus noches, privado de todo alimento mientras que el pueblo le esperaba con viva impaciencia. Presentóse finalmente con rostro pálido, facciones desencajadas, y dirigiéndose al pueblo le manifestó que el profeta se habia dignado darle una contestacion, pero terrible en demasia, puesto que la voluntad de Allah era que la primera persona que se atreviera á hacerle la proposicion infame de los tschtschenzes fuera castigada con 400 azotes, y que esta primera persona era justamente su propia madre... Al oír esta tan cruel sentencia prorumpió en lastimeros ayes; pero los ordenanzas de Schamil la despojaron del velo, y despues de haberla atado á una columna comenzó el inflexible Schamil á llevar á cabo el castigo. La anciana madre desfalleció al quinto azote, y Schamil se precipitó á sus piés, sollozando y partido el corazon de dolor. Levantóse á los pocos momentos, y con aire de satisfaccion íntima dijo á los circunstantes que el profeta escuchando sus nuevos ruegos consentia en que recibiera él los azotes que faltaban. Descubrió efectivamente su espalda, y recibió 25 azotes que hicieron saltar la sangre de sus carnes, sin que Schamil exhalara una queja, ni se manifestara en su rostro la mas pequeña expresion de dolor.»

Los tscherkeses consideran sus armas como su mas apreciable riqueza: las guardan y las trasmiten como sagrada herencia á sus hijos: bus, concebidos en términos asaz enérgicos. Pidió la madre una audiencia particular, y concedida salió



Caravana de mercaderes armenios.



así es que en aquel país se encuentran los sables y espadas mas raras, los puñales y lanzas mas preciosas del tiempo de las cruzadas, pistolas italianas con inscripciones en este mismo idioma, etc. Las armas blancas tscherkesas, cuya fabricacion está muy adelantada, tienen fama por su extraordinaria resistencia, y basta saber que con un golpe de schaschka (espada tscherkesa) se parte el cañon de un fusil ruso. Los tscherkeses no dejan jamás los cadáveres de sus hermanos en el campo de batalla, y ántes renunciarían á la victoria misma que abandonar á los muertos. Los guerreros distinguidos del país llevan á veces armadura.

Ahora vamos á concluir con cuatro palabras de explicacion, sobre los dos principales dibujos el *alto* y el *baile*.

Los georgianos aunque belicosos como hemos dicho, son aficionados á las diversiones; las cacerías, los torneos, las luchas á pié (*tomachas*) las comidas alegres y el baile les toman una gran parte de su tiempo. En los jardines de las cercanías de Tiflis, y en las azoteas de las casas, se baila al son de la guitarra y del tamboril, que es un portento. Una pareja se lanza en el círculo, y abre el baile con pasos lentos y graciosas posturas; poco á poco, y á medida que se anima la orquesta, los bailarines se animan tambien, dan vueltas, corren y se persiguen dentro del corro que forma la gente sentada sobre la yerba y que acompaña con las manos; por último, las dos personas rendidas de cansancio se vuelven á sus sitios respectivos, y tocan á otras dos del círculo que inmediatamente deben levantarse á reemplazarlas. El baile se prolonga de este modo en esas noches frescas y deliciosas que suceden á los dias calurosos.

La mayor parte del comercio del Cáucaso se halla actualmente en manos de los armenios, que dotados de mas inteligencia ó actividad que las otras razas, realizan con él grandes beneficios. Entre Tiflis y las provincias del Norte, ellos hacen todos los transportes por medio de sus caballos, pues las mulas no valen nada. En el Mediodía, esto es, en Armenia y en las antiguas provincias persas, emplean con preferencia el camello. Viajando por el camino de Erivan ó de Chemakha se encuentran muy á menudo largas hileras de esos animales, de ojos impasibles, de paso lento y acompasado. El camello cargado de pacas de algodón, de sederías, etc. hasta 4 quintales, lleva además al tártaro gravemente montado sobre su cuello. A la cola de la caravana marchan en caballos del Karabagh los mercaderes armenios y sus criados, vestidos con el *klaba* de mangas flotantes, con sus gorros puntiagudos de Astrakan y generalmente sin armas, por la seguridad que hay en los caminos de esa comarca. La caravana anda 25 ó 30 verstes cada dia, pero en cuanto llegan las primeras sombras de la noche se descargan los bultos, que se ponen en cuadro, como una fortaleza, se deja pastar á los animales y los hombres se colocan en torno de una hoguera que sirve para preparar la frugal comida y para alegrar un poco el campamento. Por un lado se ve un caldero sobre tres piedras lleno de *gomi* de mijo, y por el otro se improvisa un asador sobre tres palos, donde se ensartan carnes palpitantes.

## El Tigre y la Zorra.

LEYENDA TRADICIONAL.

III.

### AL AMANECER.

Las cinco daba el reloj  
De la cercana parroquia,  
En una mañana fria  
Que densa niebla encapota.  
Los turbios rayos del sol  
Que en el horizonte asoma  
Quiebran su luz en la parda  
Masa de vapor, que lóbrega  
En su impalpable mortaja  
La ciudad envuelve toda.

Al fin de una callejuela  
Do una enercujada forman  
Otras dos que allí terminan  
Su carrera tortuosa;  
Embozado hasta el bigote  
Que húmedas perlas adornan  
De la escarcha matutina,  
Sobre las cejas la gorra  
Y en ademan del que espera,  
Un hombre inmóvil reposa.  
De su impaciencia da muestras  
Solamente alguna que otra  
Blasfemia, que por sus labios  
Vaga comprimida y sorda,  
Hasta que á alguna distancia  
Vió dibujarse una sombra  
Que tenue y vaga al principio  
Entre la neblina flota,  
Mas luego forma distinta  
Al aproximarse toma.

— ¿Es Garduña? — el que esperaba  
Dijo al punto.

— Así me nombran, —

Contestó el recién llegado...

— ¿Y vos sois?

— Mi nombre sobra.

Acercáronse uno á otro

La mirada recelosa

Tendiendo á su alrededor

Para ver si hay quien estorba,

Y este diálogo entablaron

Con voz en que bien se nota

Lo varonil de la una,

Lo gangoso de la otra.

— ¿Le habeis visto?

— No le he visto.

— ¿Qué decís?

— Si tanto importa

Suspender la ejecucion

Del Maestro algunas horas...

— ¿No ha de importar? Indeciso

Está el rey, y si se logra

Su perdon, puede ser tarde.

¡Voto al diablo!

— Si se enoja,

Nada harémos. Juan Castrillo

Tiene un hijo...

— ¡Por Mahoma!

¿No os he dicho que á Castrillo

Prometierais?...

— ¡Poca cosa!

Mil cruzados por huir

De España á tierras remotas

Antes de la ejecucion

Del Maestro... por quien llora

Hoy todo Valladolid.

— ¡Dejad lamentos hipócritas!

— ¿Mas no sabeis que Castrillo

No es un hombre que se compra

Fácilmente, y que á pesar

De su pobreza notoria

No cede la ejecucion

De Don Alvaro, aunque toda

Su hacienda le deje el rey?

— ¡Vive Cristo, que me asombra!

¿Tanto le aborrece?

— No.

Pero es hombre que se goza

En su oficio, y si el que mata

Es personaje de monta

Como el Condestable, entónces

El placer para él se dobla.

— ¡Hombre singular!

— ¡Es fiero!

— ¡Nuestros planes se malogran!

— Oid: su hijo tiene horror

Al oficio, y no ambiciona

Mas que poder alejarse

De la ciudad.

— ¿Y qué importa?...

— Supongamos que á Castrillo...

Porque esto nadie lo esforba...

Le sucede una desgracia

Que le impida hacer la obra

De esta mañana: en tal caso

Vuestros designios se logran.

— ¿Y si nada le sucede?...

Clavó Garduña la torva

Vista en su interlocutor

Que le observa con zozobra,

Y murmuró sordamente...

— ¡De vos depende la cosa!

— ¿Cómo nos libertarémos

De ese hombre?

— Quien le conozca

Como yo, sabe muy bien,

Que con el alma en la boca

Irá á cortar la cabeza

Del Maestro.

— Pues no hay otra

Salida, fuerza es que ese hombre

Desaparezca.

— ¡En buen hora!

— Ya comprendiéndome vais.

— No sé que medio se escoja...

— Un puñal bien afilado

Da una muerte silenciosa,

Y que á nadie compromete.

— ¿Os encargais de la obra?

— No, que al fin es mi compadre,

Y la amistad me lo estorba.

Mas ya hallaréis quien lo haga

Siempre que el dinero corra.

— ¿Mas, cómo?...

— De esta manera.

Poned dentro de una hora  
Vuestra gente en el camino  
De la plaza.

— Estará pronta.

— Lo demás queda á mi cargo,

Antes que el velo descorra

De la niebla el sol, yo mismo

Al sitio yendo en que mora,

Le hago con cualquier pretexto

Salir... y acaba la historia.

— Bien está. Adios.

— Yo supongo

Que daréis á cuenta...

— Toma. —

Y arrojando con desden

Una bien repleta bolsa,

Se alejó el desconocido.

A recogerla con pronta

Mano se arrojó Garduña;

Con placer acariciola,

Una equívoca sonrisa

Vagó imperceptible y sorda

Por su fúnebre semblante;

Y con marcha silenciosa

Su figura entre la niebla

Desvanecida se borra.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

## La artillería inglesa.

Entre las diferentes armas que constituyen el ejército británico, merece el cuerpo de artillería un lugar preferente. No podrá si se quiere competir en cuanto á la fuerza numérica, que de esta arma pueden enviar á campaña las potencias del continente; pero en cambio descuella extraordinariamente en cuanto á instruccion, material, nuevos inventos, etc., y su establecimiento central en Woolwich es visitado por casi todos los extranjeros que pasen por algun tiempo al Reino Unido. Citarémos entre estos preferentemente al emperador Nicolás, que tuvo un especial conato de examinar y estudiarle en ocasion de hacer una visita á la reina Victoria. Ante todas cosas se informó muy detenidamente acerca de la parte administrativa y organizacion general de la artillería inglesa. ¿Qué poco caería entónces en mientes del Czar, ni en ninguno de los que formaban su numeroso y brillante séquito, al reconocer y contemplar aquel cúmulo de bocas de fuego, que al cabo de pocos años habian estas mismas de poner coto á sus planes ambiciosos!...

Nos refiere la historia que España fué la primera que se sirvió de la pólvora como elemento de guerra, habiéndose despues hecho extensivo su uso á Inglaterra, Flandes, Alemania, y finalmente, perfeccionado ya, á Francia. Los moros arrojaron en el sitio de Algeciras, año de 1344, proyectiles impulsados por la accion de la pólvora. De aquí la voz de artillería *arte tollere*, es decir, tirar con arte. Eduardo III debió el éxito brillante de la batalla de Cressy preferentemente á los cañones que llevaba en su ejército. En el asedio de Calais, 1377, tuvieron los ingleses tambien artillería. La cuna de esta arma en Alemania es Augsburgo y Nüremberg, habiéndose empero circunscrito su uso do quiera exclusivamente á la guerra de sitio, permaneciendo aun por muy largo tiempo en estado imperfecto; ni ménos eran los artilleros considerados como militares propiamente dicho hasta el siglo pasado. Quien sobre todo merece el título de promovedor del arte y ciencia de la artillería, es el gran Gustavo Adolfo, quien al propio tiempo logró darla mayor movilidad. Dignos imitadores los tuvo en Federico II, quien la reorganizó en Prusia totalmente, y en Napoleon, que consiguió organizarla bajo un pié mas conforme para con las demás armas, empleandola ya en sus batallas en grande escala. Muchas de las victorias ganadas por estos grandes capitanes las debieron á los cañones, miéntras que ántes, y sobre todo en la guerra de sucesion de España, prevalecia aun siempre la antigua preocupacion de que la artillería solo debia jugar en la guerra de sitios. La revolucion francesa, y en las guerras que la siguieron, fué la artillería declarada como tercera arma principal, y cultivada como tal.

Señal de que en Inglaterra se tenia á la artillería, ya mucho tiempo ha, en grande aprecio, puede aducirse de las especiales prerogativas que gozaba ya en el año de 1628, y hasta con postergacion de las demás armas: así es que marchaba siempre á la cabeza del ejército, tenia la preferencia de elegir el sitio que mejor le acomodaba para establecer el campamento, los cuarteles en que habia de colocarse, etc., etc. La denominacion « Artillería Real » que lleva ahora este cuerpo, data del año de 1703, pues ántes se conocia aun bajo el nombre de « tren de artillería, » constando entónces tan solo de cuatro compañías, cuyo mando superior tenia el general Borgard. Mas tarde fué ya notablemente reforzado, en términos que desde el año de 1803 se compone de un regimiento de seis batallones, el batallon de 10 compañías á 120 plazas cada una; de manera que el estado de fuerza total, incluyendo á los jefes y oficiales, asciende á unos 7,500 hombres. Tiene además cada uno de los batallones una compañía de inválidos,



que hacen su servicio en varias plazas de Inglaterra, así como en Guernesey, Jersey y Bermuda.

A deducir de los nombres, fueron los oficiales de la artillería inglesa en un principio en su mayor parte alemanes y franceses. El parque de artillería de que dispuso Guillermo III cuando hizo la guerra en Flandes, y que el victorioso Marlborough se llevó cuando penetró en el interior de Alemania, bastaría hoy día apenas para un cuerpo de ejército de 5,000 hombres, puesto que al presente se cuenta para cada 1,000 infantes de dos y medio á tres, y para 1,000 caballos de cinco á seis piezas de artillería. Al comenzar la guerra pidió entonces el rey de Cerdeña un destacamento de artillería británica para defender sus fronteras amenazadas á la sazón por los franceses y españoles, petición que le fué acordada. Guillermo, duque de Cumberland, volvió á llamar esta fuerza de artillería, que despues no contribuyó poco á que las armas inglesas consiguieran la señalada victoria en los campos de Culloden. Los magníficos cuarteles que la artillería tiene en Woolwich, son debidos á los desvelos del feld-mariscal Coewy, director general que fué de esta arma. En 1804 tenia la artillería inglesa un parque de bastante consideración en Lisboa, un destacamento del mismo hallábase en Nápoles, y el tercero se puso á disposición del gran duque de Toscana para su defensa. La rapidez asombrosa con que maniobraba la artillería ligera inglesa y su bien certero fuego, no se habrá borrado tan fácilmente en los que hicieron con ella la guerra en la península ibérica. La brigada montada forma comparativamente una parte muy reducida respecto á la fuerza total del cuerpo.

Segun documentos antiguos depositados en los archivos de la historia militar de Inglaterra, fué el rey Jorge II el fundador de la academia militar de Woolwich, habiéndose inaugurado en 1741. Otros pretenden que este establecimiento data ya del año 1719. Basta saber para nosotros que este instituto existe, y que pertenece al número de los establecimientos de instrucción militar mejor montados que se conocen. Hace ya mucho tiempo existe la regla de que nadie puede obtener un despacho de oficial de artillería y de ingenieros, que no haya cursado en la academia de Woolwich, y que para ser admitido como alumno de la misma, es menester que el aspirante se sujete á un exámen rigurosísimo. De aquí la sólida y brillante instrucción, tanto teórica como práctica, de los oficiales ingleses de artillería, y que el arma en general ocupe un lugar tan distinguido. Sobre todo descuellan las baterías de campaña; y cualquiera que sepa lo mucho que es menester para ser un buen artillero, habrá de confesar que el elogio que se tributa á este cuerpo está muy en su lugar. Si hay aspirantes á los ascensos inmediatos para cubrir las vacantes que vayan resultando, tienen que sujetarse á un nuevo exámen; pues en esta arma no existe la costumbre fatal, como en la infantería y caballería, que se pueden comprar por cierta cantidad los despachos; por el contrario, son estos conferidos á la antigüedad y al mérito.

Hasta fines de mayo próximo pasado habian marchado al teatro de la guerra de Oriente dos divisiones de artillería montada, seis baterías de campaña, una compañía agregada al parque, tres para el servicio de la artillería de sitio, y una de reserva, lo que compone un estado de fuerza total de 2,560 hombres entre oficiales, sargentos, cabos y artilleros, con 1,723 caballos.

¡Confiamos que esta fuerza baste para conseguir allí la victoria adonde el lema de «justicia y gloria» que se lee en el tschacó del artillero inglés, lo llame para ayudar á deprimir la audacia y las ambiciones de los moscovitas.

## Crónica de Suecia.

1772.

(Conclusion.)

— Obren pues y sin perder tiempo; esas cuestiones no me toca á mí por cierto deslindarlas. ¿Qué tal os parece este dibujo, general?

Y le hizo una seña al mismo tiempo para que se acercase á contemplar su bordada flor.

— Señor, exclamó Rudbek aturdido de semejante ligereza, V. M. me aprecia y por vos diera yo mi vida. Mi corazon y mi espada puse á vuestro servicio; hice juramento de defensor contra vuestros enemigos; empero seríalo yo de V. M., señor, si llegareis á olvidar lo que á Suecia prometisteis. En nombre de vuestros padres que os transmitieron esa corona que habeis de legar á vuestros hijos, juradme que ignorais cuanto acabo de deciros, y que sin vuestro consentimiento ha cobijado Hellichius á vuestro nombre su infame traición: jurádmelo, señor, y os creo.

Interpelado así Gustavo, levantóse con manifiesta emoción en su semblante, y cogiendo la mano de Rudbek, dijo saltándosele las lágrimas:

— ¡Cómo! ¿Sospechais de mí, vos que conoceis hasta el fondo de mi alma? Triste es la suerte de los reyes, si vale menos su palabra que la del último de sus súbditos. Presente estabais, Rudbek, cuando juré la acta de seguridad. Nada olvidé de lo que entonces prometiera.

Vencido quedó Rudbek con las expansivas palabras de Gustavo, y cayendo de rodillas, le pidió perdón de

sus sospechas; pero alzóle el rey bondadosamente, y arrojóse á sus brazos para dar libre curso á su sensibilidad.

Dejóle por fin Rudbek seguro de su inviolable adhesión á las leyes y libertades de Suecia; y al entrar en la sala del *comité secreto*, el cual deliberaba sobre las medidas que habian de tomar, fué su primer cuidado salir garante por Gustavo el rey: «Ese jóven, dijo, es incapaz de engañar á nadie.»

Empero al día siguiente cundió la noticia en Estocolmo de que los dos hermanos del monarca reunian apremiosamente tropas. General fué la alarma, y recayeron de nuevo las sospechas en Gustavo. Dispuso entonces el *comité* que no saliese el rey de las puertas de la ciudad, y este se sometía á todo, aprobando cuantas medidas tomaba el senado, y hasta dió un decreto escrito de su puño y letra á ambos príncipes para que entregasen el mando de sus tropas al baron de Funck, nombrado gobernador de Escania, y viniesen á tomar órdenes á Estocolmo. Pero al propio tiempo que se expedía aquella orden, explicaba un mensajero de los príncipes á los Estados generales el motivo de su conducta, alegando que solo habian tomado las armas para hacer entrar al rebelde Hellichius en su deber, y castigar á cuantos intentaran seguir su ejemplo.

Entregada la ciudad entera de Estocolmo á tan contradictorias nuevas, iba fermentando sin cesar. Sentíase la cercanía de un enemigo; pero este enemigo que aterraba á todo el mundo era invisible todavía; de suerte que los ciudadanos temblaban sin saber por qué. Todos los poderes, el de los Estados y el del rey, vacilaban sobre su base en este general crujido, y el suelo temblando bajo de sus plantas, iba á cubrirse de escombros; pero ¿á quién habian de servir de pedestal aquellas ruinas? ¿La mano oculta que habia desencadenado la tempestad, sería luego bastante poderosa para contenerla?

Numerosas patrullas de caballería ciudadana circulaban por las calles, esperando que llegasen á su auxilio un batallón del regimiento de Upland y otro del de Sudermania. A todo bastaba la actividad de Rudbek, á sus funciones de miembro del *comité secreto*, y á sus deberes de gobernador general. Mil veces durante la noche respondió á su voz la de Gustavo. El rey, en efecto, prisionero en su capital, pero no arrestado en su palacio, mezclábase por entre los grupos de los ciudadanos de todas clases, hablando con preferencia con los mas oscuros, chocando su vaso contra el vaso de los jornaleros á quienes embriagaban tanto sus palabras como los licores que á beber les daba, y apretando mil puercas y callosas manos en la suya. Aquí distribuía dinero á familias pobres; allá se hacia contar lo que habian padecido desde que por imprevision de los Estados entrara el hambre en sus dominios. Ignoraba él todos estos males, y figurábase que habian comprendido sus paternales intenciones los que servian de intermediarios entre él y su pueblo. Cada palabra, cada acción suya, acogíanla mil gritos de: *viva Gustavo!* y la muchedumbre veía en él un señor y tirano, sino un amigo, un igual. *Digno eres de ser nuestro rey*, decía un oscuro jornalero, dándole con la mano en la espalda, y respondía Gustavo con una sonrisa de cariño; de modo que en corto espacio de dos noches hízose el idolo del populacho, creándose una improvisada milicia entre la clase de hombres cuyos puños vulean murallas y quiebran el hierro.

Cierta vez, mientras mandaba á un tahonero que pesase varios panes delante de él, y que por no llegar al debido peso, le condenaba á alimentar gratis por dos dias á cuantos hubiese defraudado, esparcióse el rumor cuyo origen nadie conocia, de que los *Gorros*, inquietos por la popularidad del monarca, habian resuelto apoderarse de él, y entregar á Rusia la Suecia. Diez mil brazos se hubieran alzado en su defensa, si hubiese proferido una sola palabra Gustavo: pero él mismo calmó al alborotado gentío, y para probar la falsía de estos recelos, entró en su palacio, y sin el menor asomo de inquietud asistió á una representación que se dió la noche del 18 de agosto en el teatro de la corte, despues de la cual hizo jovialmente los honores de una cena de ochenta cubiertos á los senadores, oficiales, generales y embajadores de las potencias extranjeras.

A las dos de la madrugada hallábase solo Gustavo en el mismo gabinete en que habia recibido Rudbek sus juramentos y visto correr sus lágrimas á las solas sospechas de complicidad y pacto con la revuelta.

— ¡Otra noche mas sin dormir, dijo, y mañana seré rey! Desde mañana tendré razon en todo y sonreiré delante de mí esa nobleza vendida á todas las corrupciones. Mañana arrojaré de un puntapié á esa imbécil canalla que sobre mí ha dejado el fétido olor de la miseria, y pondré el bozal á ese pueblo tonto que se figura que sus señores le halagan solo por el placer de ensuciar su cuerpo al rozarse con él. Pocas horas mas... ¡Ah, el último instante que separa el pensamiento de la ejecución es ciertamente un abismo! Una vez llegado ya á este punto, en que todo está minado en torno de sí, deslízase el pié y puede muy bien caer en la red que para los demás se puso. ¿Qué es lo que pudiera perderme ahora? Una imprudente palabra. Era yo un niño cuando, quince años ha, queria dar lecciones al rey mi padre. El pensamiento de un hombre lo abraza todo, lo presente y lo futuro; pero son menester instrumentos á esta voluntad; son menester brazos para recoger los frutos del germen que se siembra. Si hubiese yo podido obrar por mí solo, tranquilo estaria ahora y seguro del éxito. Porque ¿quién hubiera adi-

vinado mis intenciones? ¿El senado que á su vista me deja levantar dos ejércitos; que no ha conocido mi mano en el manifiesto de Hellichius, y se contenta con cerrarme las puertas de Estocolmo, cuando ya he dado á mis hermanos los príncipes el pretexto que nos faltaba para hacernos de soldados? ¿O las adivinará tal vez ese crédulo pueblo cuya hambre he ido aumentando de un año á esta parte, para hacerlo aullar de júbilo al arrojarle hoy un pedazo de pan? ¿O será ese honrado Rudbek que cree en la sinceridad de las lágrimas, y no sabe todavía que decir á un hombre que jure, es darle garantías para mas mentir? ¡Pero ántes que llegue el suspirado instante puede descubrirse mi intencion, y de su fidelidad pueden cansarse mis confidentes! No importa: echada está ya la suerte. Feliz ó desgraciado, preciso es aceptar el desenlace de la comedia que he compuesto. El trono ó el destierro, la muerte quizá...

A siguiente día, 1º de agosto, á las diez de su mañana, pasó Gustavo al arsenal donde estaban reunidos muchos oficiales adictos á su causa. Con ellos atravesó la ciudad, y en medio del pueblo, de sus aliados de la víspera, á quienes conocia y llamaba por sus nombres, volvió á palacio en el momento en que mudaba la guardia. Arrojo allí la máscara, declara que ha resuelto salir de la vergonzosa dependencia en que le tenia una nobleza insolente, y protesta que no hay suceso ninguno que cual él aborrezca el poder arbitrario. Al acabar su arenga, mientras recibía juramentos de fidelidad de cuantos le cercaban, pidió hablarle un senador, y mandóle Gustavo que se fuera al senado, á cuyo seno pasaria luego él en persona; pero apenas abrieron su sesión los senadores, apoderáronse de las puertas treinta granaderos, declarándolos á todos arrestados.

Hecha quedó la revolucion desde aquel momento. El *comité secreto* se separó por sí mismo, así que vió que en ménos de dos horas se habia hecho dueño el rey de toda la fuerza armada de Estocolmo, y supo que el capitán Hellichius habia puesto á Cristianstad en manos de Carlos, cuyo príncipe avanzaba con parte de sus tropas hácia la capital. Solo Rudbek quiso oponer resistencia, y frenético por haber sido juguete de la doblez de Gustavo, recorria calles y plazas, llamando á las armas á los suecos. El mismo rey, á quien trató de obstruir el paso amenazándole con su espada desnuda, se volvió impasible á sus oficiales, diciéndoles:

— Detened á ese loco.

Embriagada de gozo estaba la muchedumbre, y libre del poder de los Estados, tendia con entusiasmo las manos á otra nueva tiranía: aquel rey, prisionero por la mañana, era dueño absoluto por la noche. Convocáronse dos dias despues los miembros de la dieta en el palacio rodeado de tropas y cañones con niecha encendida. Entró Gustavo, y dando en la tabla tres veces con el martillo de plata de Gustavo Adolfo, impuso silencio, y pronunció un largo discurso en el cual reconvenia á los Estados con desprecio y sarcasmo, su vergonzosa venalidad.

Dió en seguida lectura de una Constitucion redactada de su mano, confiscando las libertades de Suecia en beneficio de la autoridad real, y recibió despues su juramento de fidelidad que él mismo les dictó. En fin, para concluir dignamente tan larga serie de ardidés y mentiras, puso sobre sus sienes la corona, entonó el *Te Deum*, y rindió homenaje de su éxito feliz al Todopoderoso, quien no se lo hubiera concedido probablemente, si se mezclase en las disputas de reyes y pueblos.

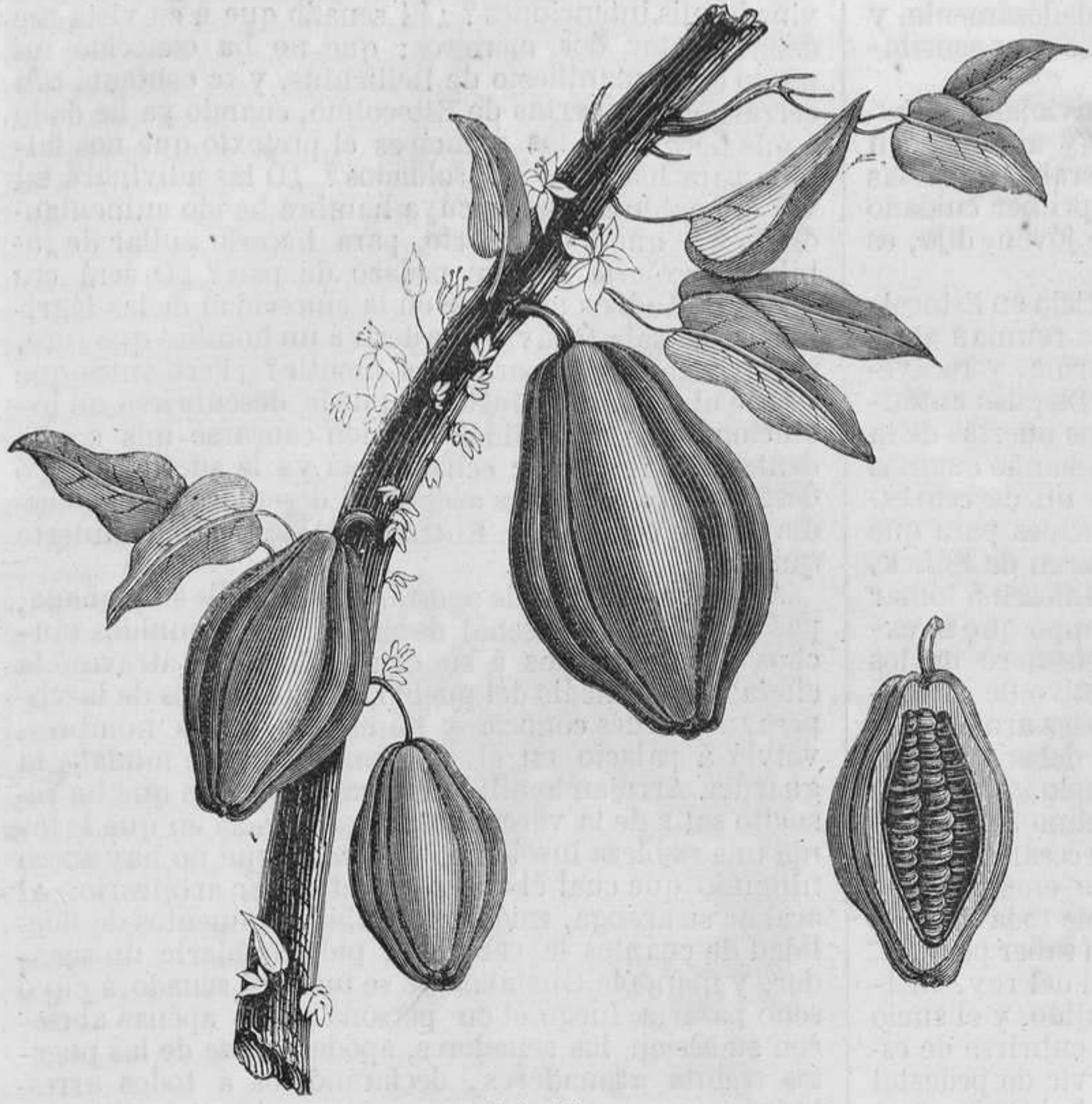
## Flora de América.

Cuando Cristóbal Colon pisó por primera vez la tierra del nuevo continente, lo que mas le llamó la atención fué aquella vegetación magnífica, de que no podemos tener ninguna idea en el antiguo mundo. Y en efecto, es preciso haber visto la naturaleza americana para saber lo que es; nada se parece allí á la Europa, al Africa y al Asia; todo tiene un carácter de grandeza imponente que sorprende y deslumbra. En las dos orillas de la Plata, verbigracia, se extienden praderas que se pierden de vista, pero hay que advertir que la yerba de América es tan alta que los hombres y los animales desaparecen en medio de ella. Donde no la siegan, esto es, casi por todas partes, la que muere todos los años, forma un grueso colchon que, en la época del sequío cubre el suelo con una capa de forraje inflamable con la menor chispa, y de aquí provienen esos incendios tantas veces descritos por los viajeros.

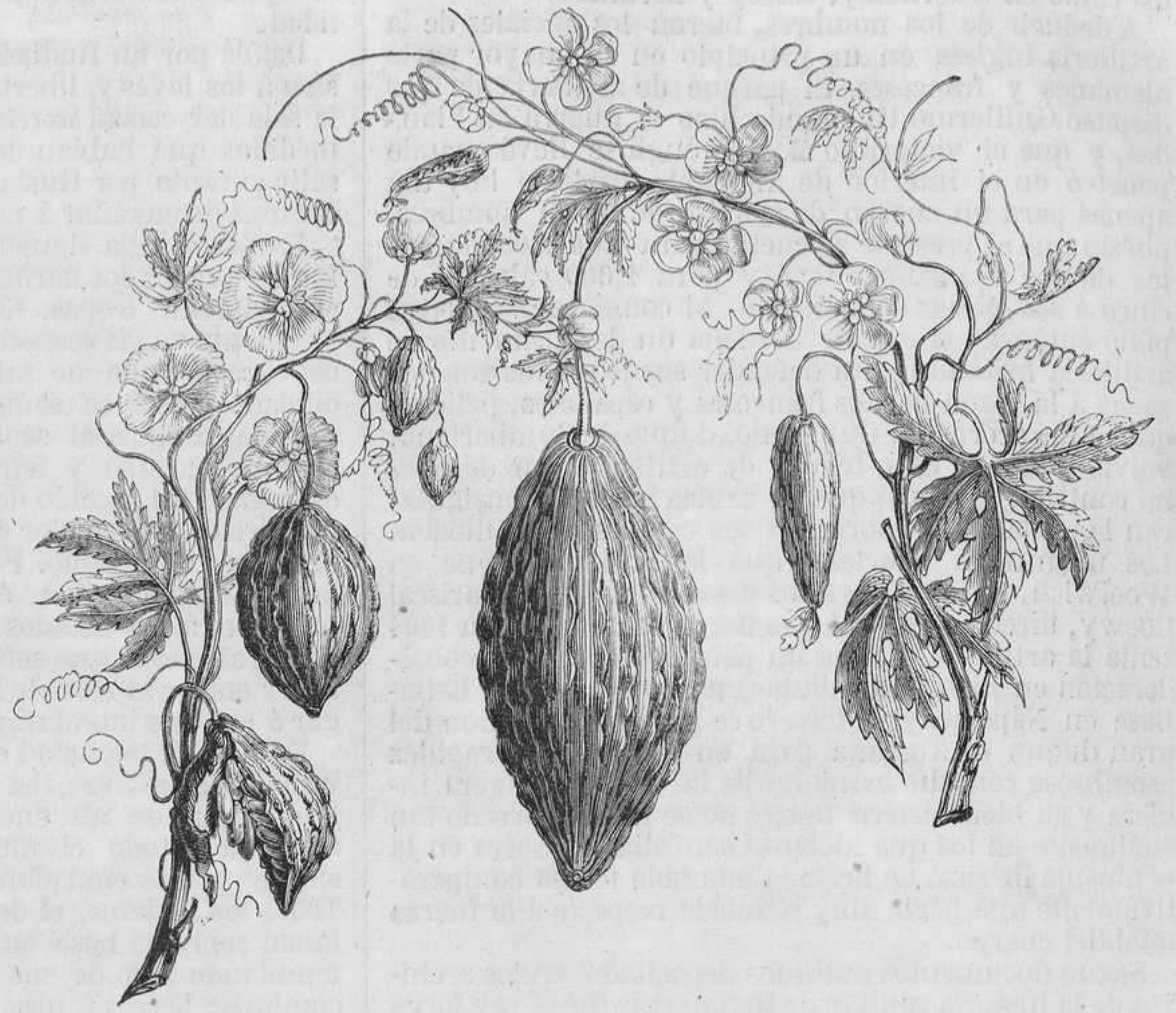
Pero, ¿qué variedad en la flora de esas praderas! En las riberas del mar de las Antillas, y al rededor del golfo de Méjico hasta el estrecho de Bahama, las praderas se hallan esmaltadas con mil plantas diversas, hermosas todas y la mayor parte útiles y hermosas; allí se ven, en el estado silvestre, todas las variedades de la piña, la fruta mas perfecta que hay en el mundo.

¿Quién sería capaz de describir el imponente aspecto de las selvas del Nuevo-Mundo, aun cuando se haya aventurado en sus profundidades sombrías? En el Brasil y en las orillas del Amazonas, tienen un sello particular debido á tantas enredaderas como cruzan entre los árboles; una de estas plantas trepadoras es la vainilla. Allí donde faltan las enredaderas se diría que se está uno paseando bajo las bóvedas de un edificio de verdura sostenido por columnas infinitas; los árboles son,





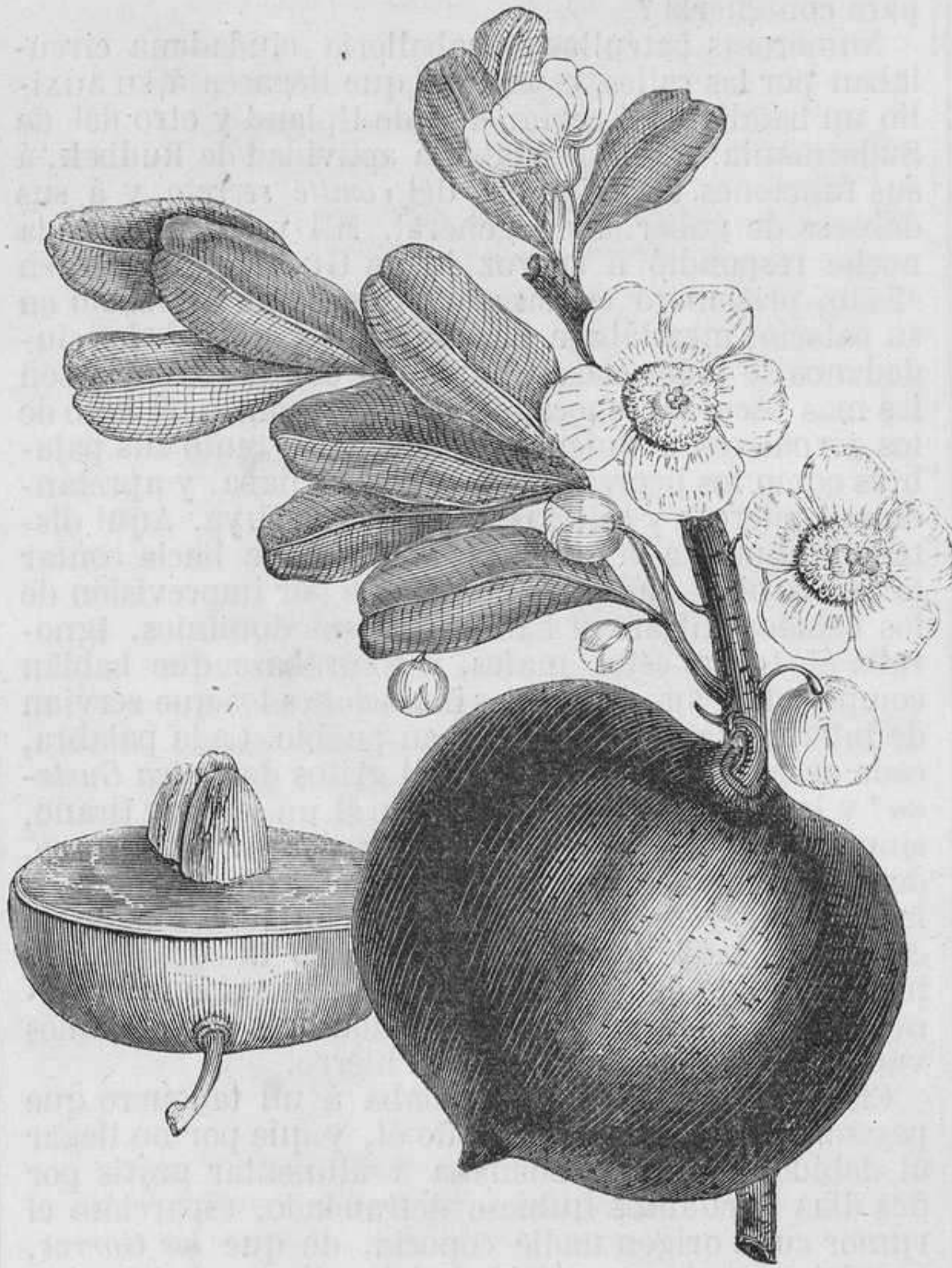
Arbol del cacao.



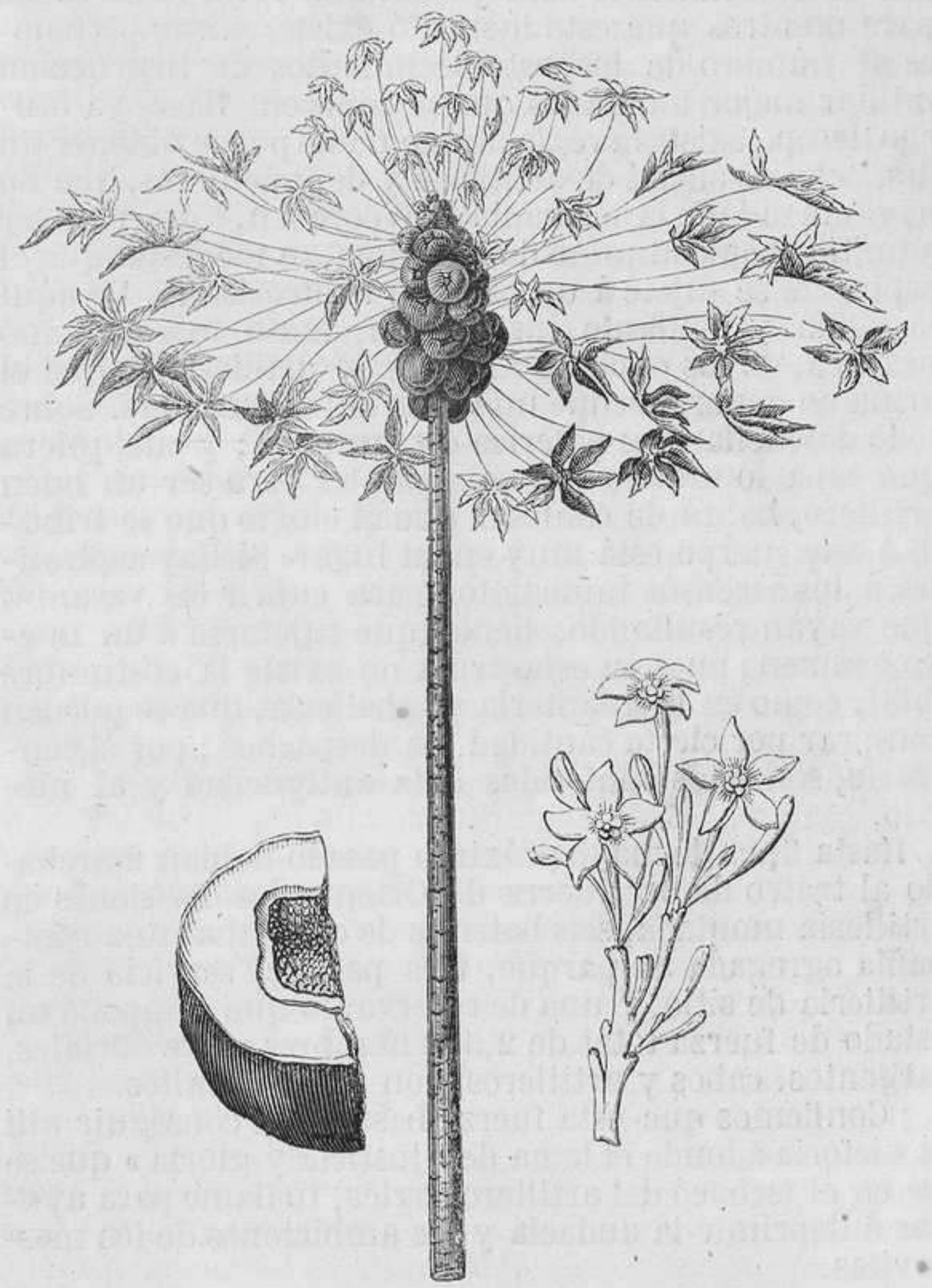
El mejicano.



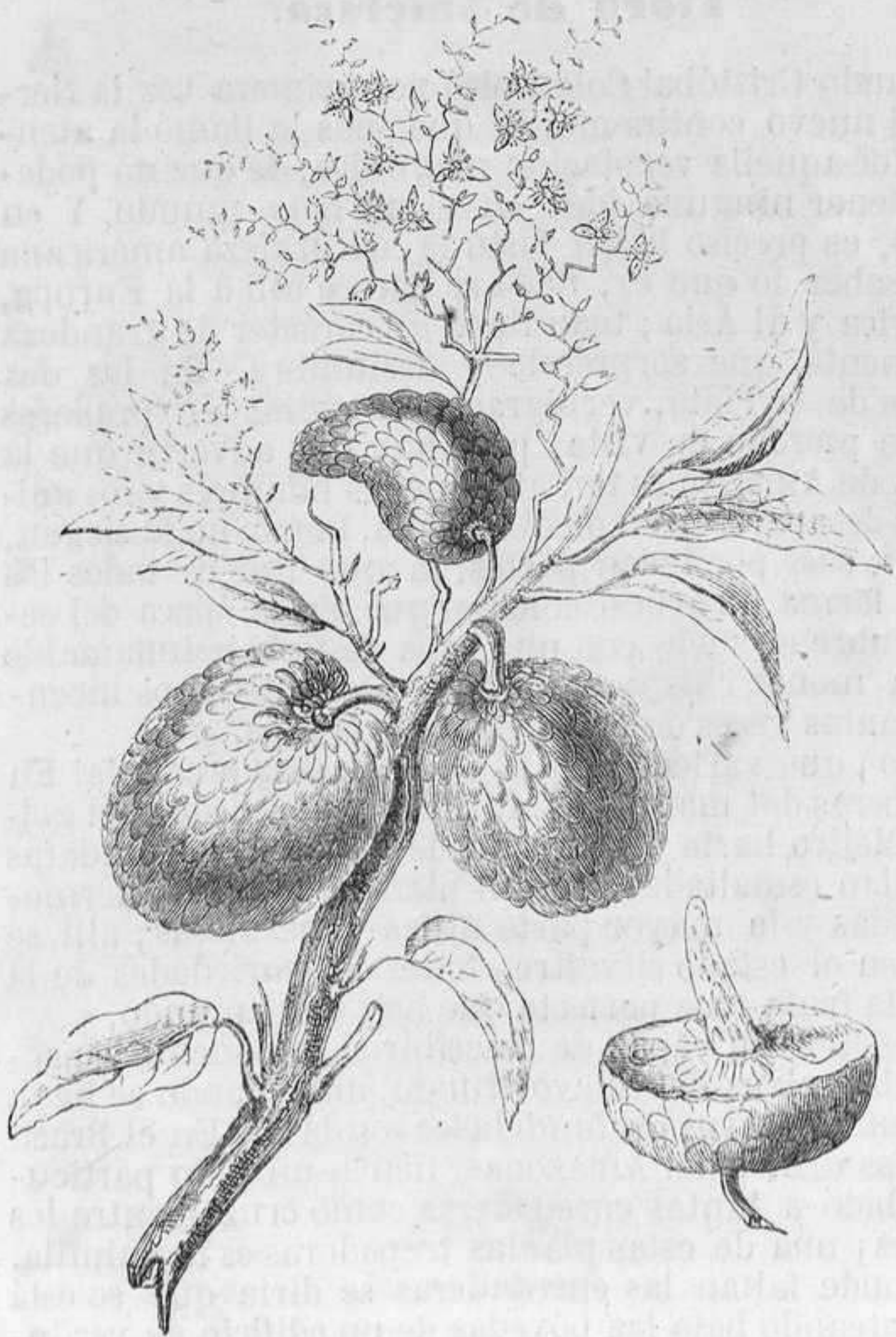
El bananero.



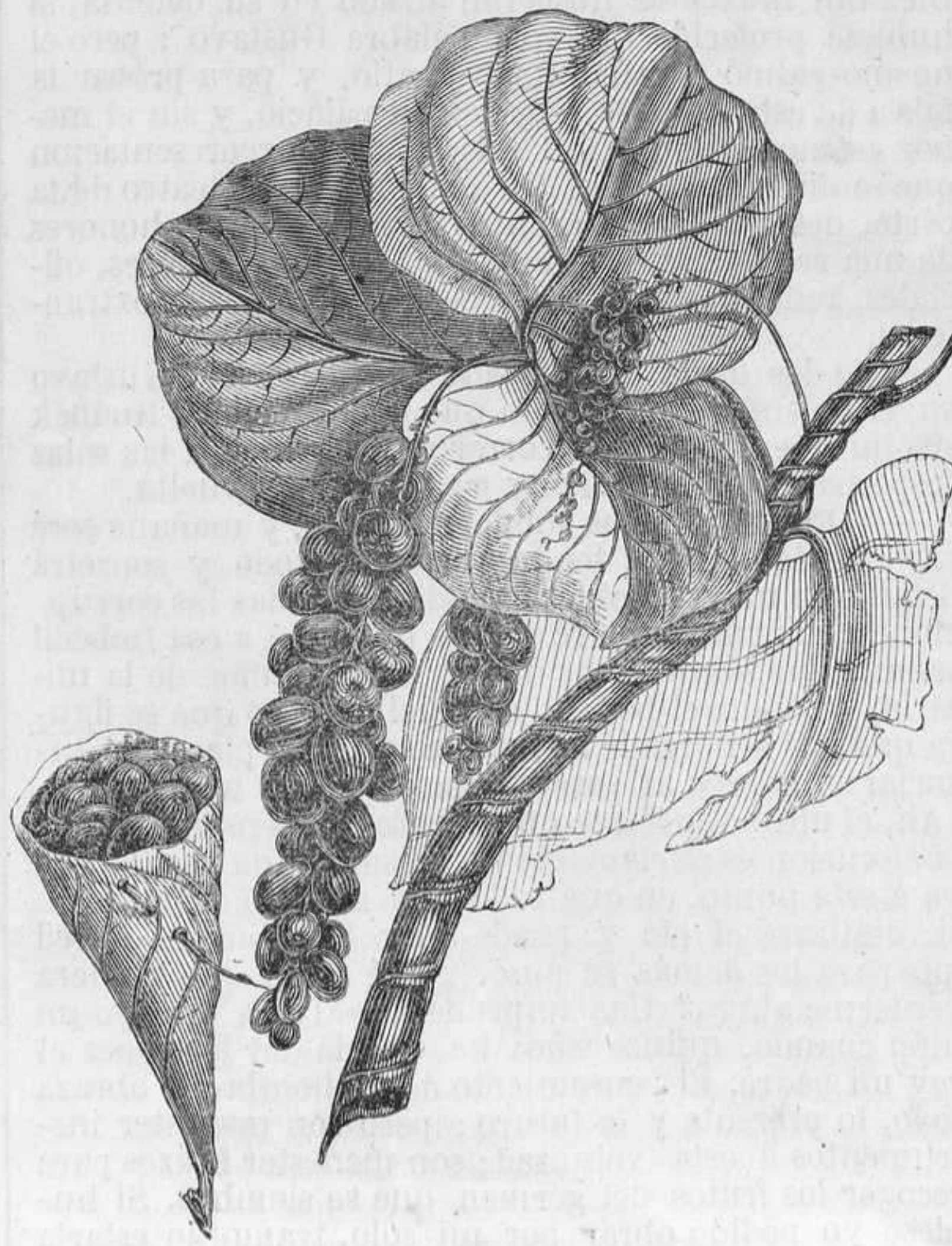
Albaricoque americano.



El papayer.



Manzana de América.

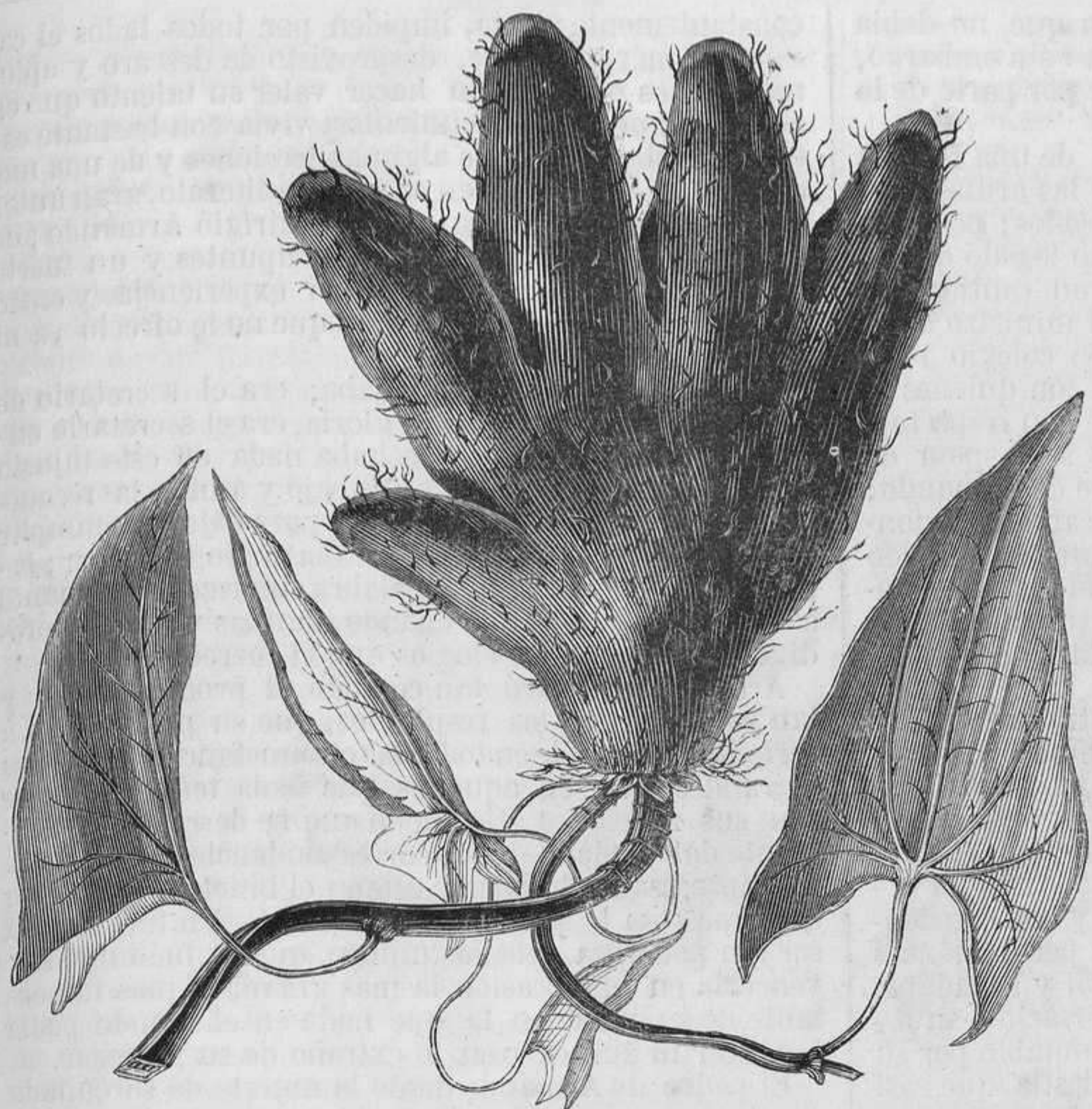


Uvas de América.

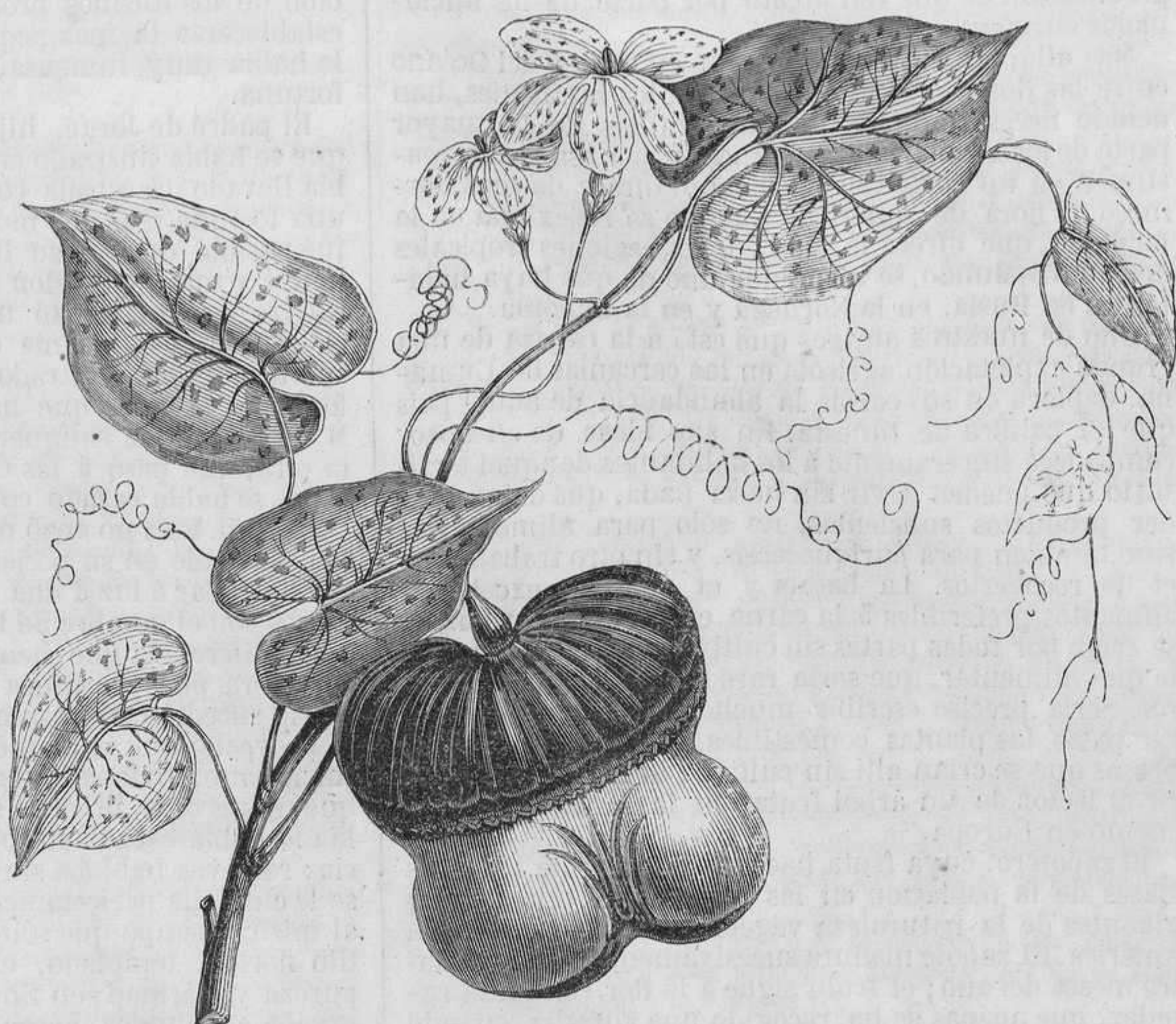


El manzanillo.

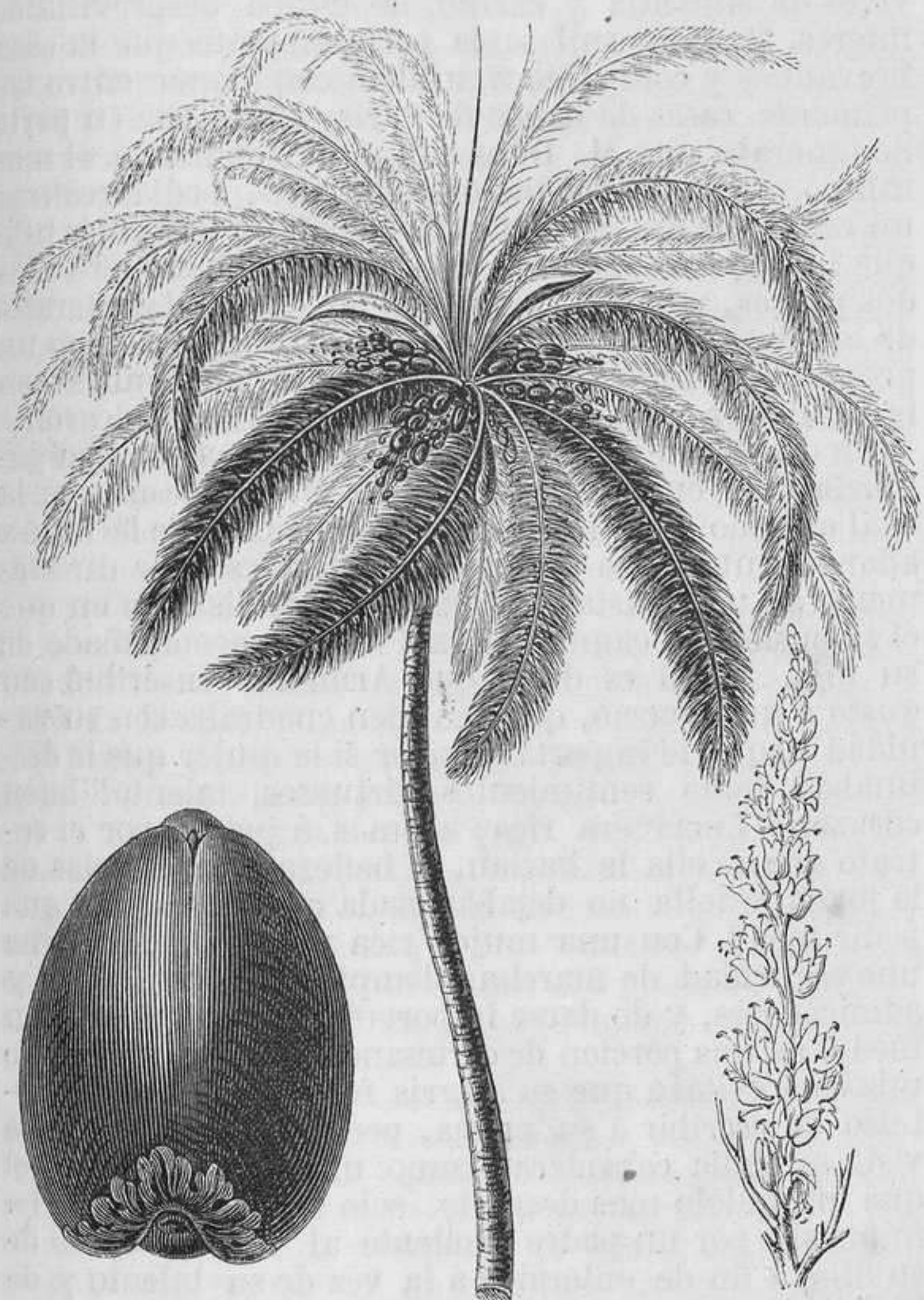




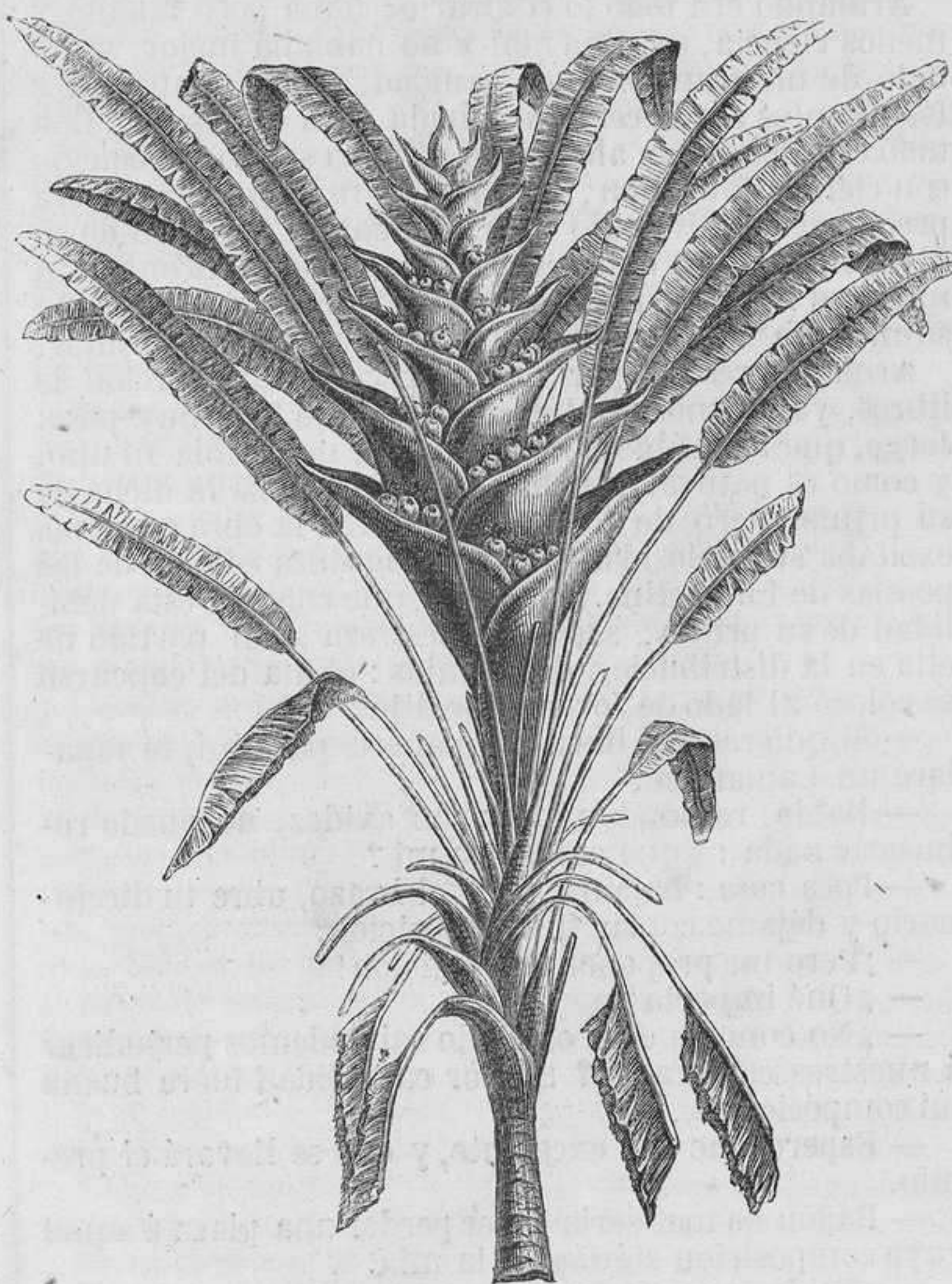
Batata.



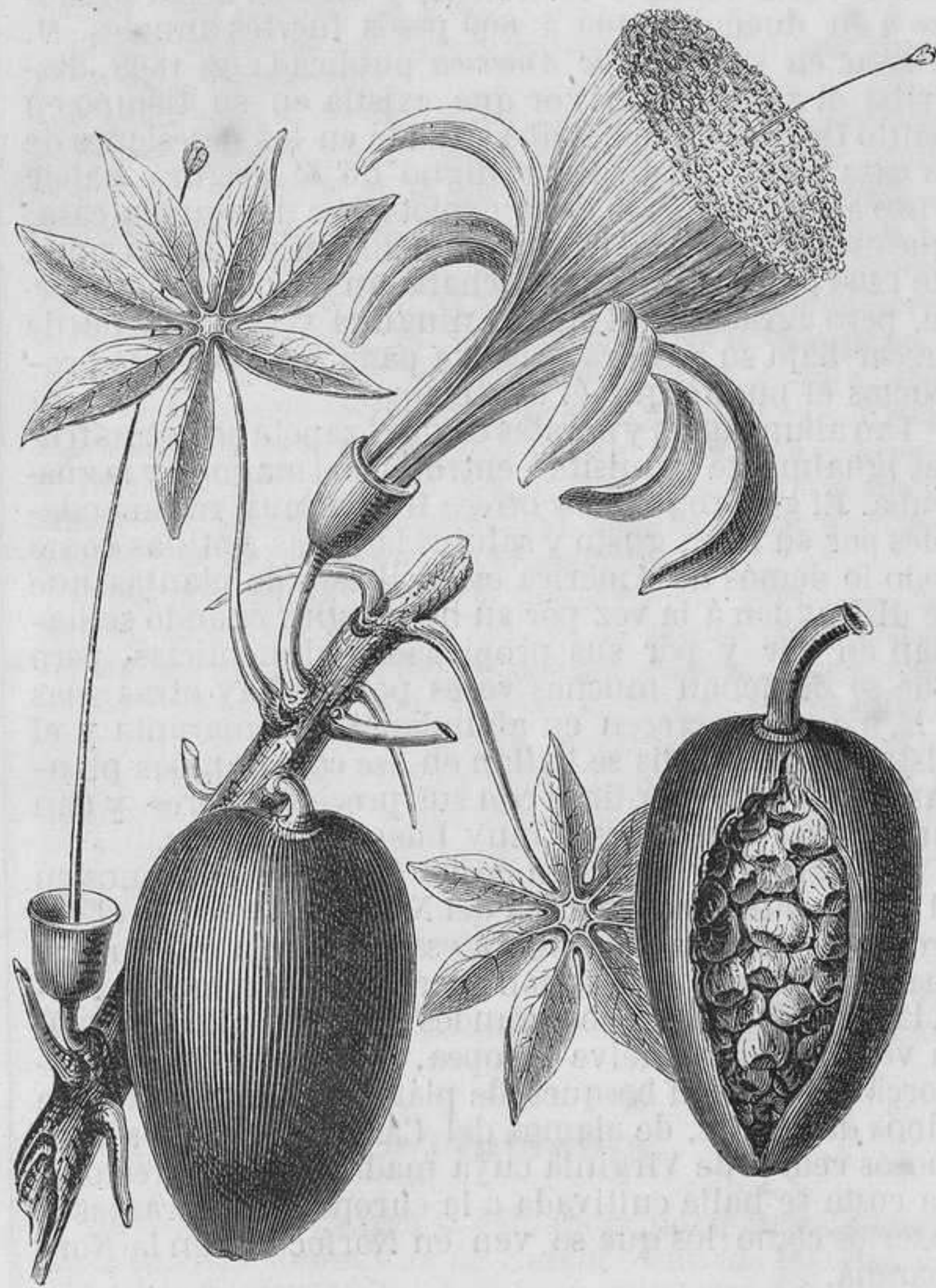
Cucúrbita ó calabaza silvestre.



El cocotero.



El árbol del viajero.



El castaño de la Carolina.

por lo comun, muy derechos y altos, y se hallan desprovistos de ramas laterales hasta una grande altura; las palmeras dominan con sus elegantes copas el resto de la vegetacion, una yerba menuda alfombra la tierra, y la imponente soledad se halla poblada de monos y de loros.

Transportémos ahora á la falda de los Andes, al nacimiento de esos valles, los mas vastos del mundo, de donde parten rios que recorren cuatro ó cinco mil kilómetros antes de llegar al Océano. Allí parece que la naturaleza haya querido dejar al hombre muestras de lo que era ántes del último cataclismo que sufrió



La vainilla.



El ahuai.



Plumeria.

nuestro planeta. Los árboles son enormes; los gigantes araucarios dominan toda la vegetacion, pues son mucho mas altos que las mas elevadas palmeras.

Penetremos con precaucion en algunos de esos valles oscuros donde el calor y la humedad producen insectos y reptiles á millares, donde la vida sucede á la muerte con una rapidez increíble, donde el tronco de cada árbol que acaba de morir se cubre, no de un musgo raquítico como el de nuestros bosques, pero de una vegetacion bajo la cual desaparece. Allí el intrépido botánico va á buscar esas orquídeas que por la riqueza de su forma merecen la



predilección de que son objeto por parte de los aficionados europeos.

Mas allá, las Antillas arrojadas en medio del Océano entre las dos Américas, al paso de los huracanes, han debido necesariamente recibir semillas de la mayor parte de los vegetales americanos, y por esa razón reasumen en un corto espacio cuanto ofrece de mas hermosa la flora de América. Cuando se reflexiona en la facilidad que ofrece la vida en las regiones tropicales del Nuevo-Mundo, se sorprende uno de que haya habitantes en Rusia, en la Noruega y en la Laponia.

Uno de nuestros amigos que está á la cabeza de una grande explotación agrícola en las cercanías de Cumana, deplora en sus cartas la abundancia de aquel país que él califica de funesta. En sus ideas de europeo, compadece sinceramente á los habitantes de aquel territorio que pueden vivir sin hacer nada, que dejan perder productos suficientes, no solo para alimentarlos sino tambien para enriquecerlos, y sin otro trabajo que el de recogerlos. La batata y el gomban, excelentes alimentos preferibles á la carne en un clima ardoroso, se crían por todas partes sin cultivo; hay tan poca gente que alimentar, que sería raro que faltaran los víveres. Sería preciso escribir muchos tomos para enumerar todas las plantas comestibles, todas las frutas sabrosas que se crían allí sin cultivo; lo que vamos á decir al lector de un árbol frutal de las Antillas, parece cuento en Europa.

El zapotero, cuya fruta hace las delicias de todas las clases de la población en las colonias, es uno de esos gigantes de la naturaleza vegetal como solo se ven en América. El zapote madura sucesivamente durante cuatro meses del año; el fruto sigue á la flor con tanta rapidez, que apenas se ha recogido una cosecha, cuando ya se reproduce otra como por encanto. Un ciento de estos frutos cuesta 5 rs. vellón, y un solo árbol produce á su dueño de 400 á 600 pesos fuertes anuales. M. Tussac en su *Flora de América* publicada en 1808, describe el zapotero mayor que existía en su tiempo en Santo Domingo; se hallaba situado en las posesiones de la casa Lavan. Este autor digno de fe asegura haber visto en los registros de la explotación de aquella casa, que ese árbol colosal habia producido en un año la suma de 1200 pesos. El zapotero echaba un olor bastante fuerte, pero agradable al olfato; ninguna vegetación puede crecer bajo su sombra, pero ya paga bien con sus productos el puesto que él solo ocupa.

Tan abundantes y baratas como el zapote hay otras frutas igualmente exquisitas, entre ellas el magney y la guayaba. El género *annona* ofrece frutas muy recomendables por su buen gusto y salubridad. Las Antillas como todo lo demás de América están llenas de plantas que se distinguen á la vez por su hermosura cuando se hallan en flor y por sus propiedades alimenticias, pero que se desdennan muchas veces porque hay otras mas á la mano que crecen en abundancia. La maranta y el alstroemeria edulis se hallan en ese caso; ambas plantas adornan los jardines con sus preciosas flores, y dan unas raíces tuberculosas muy buenas de comer.

Si dejamos la cordillera de las Antillas y entramos en el continente de la América del Norte atravesando el estrecho de Bahama, tocamos á esa península que por las maravillas de la vegetación mereció el nombre de Florida. Subiendo hácia los grandes lagos del alto Canadá, la vegetación se vuelve europea, pero en inmensas proporciones; se ven bosques de plátanos occidentales, de pinos del Norte, de álamos del Canadá, y de esos hermosos cedros de Virginia cuya madera es tan preciosa. La costa se halla cultivada á la europea, con granjas y caseríos como los que se ven en Norfolck ó en la Normandía.

¿Y qué dirémos de la península de California, ese país abierto apenas á las exploraciones de los botánicos europeos? Allí se encuentran coníferos que recuerdan la vegetación de antes del diluvio, y despues sobre las costas de Méjico y del istmo de Tehuantepec se ven dos clases de vegetales que se admiran mucho en los jardines europeos, los dalias y las cacteadas ó nopaleas. El dalia silvestre de Méjico es una flor sencilla que crece en una zarza pequeña.

En cuanto á las cacteadas se encuentran tambien entre las rocas cubiertas de verdura hasta Chile; sabido es que la cordillera de los Andes, á vista de pájaro, presentaría hácia la mar del Sur pendientes casi perpendiculares, y por el lado opuesto se verían cuevas interrumpidas por terraplenes y prolongadas hasta el Atlántico. Las cacteadas mas curiosas se encuentran por el lado que hace frente al Pacífico. Hay algunas que solo florecen por la noche.

Esta rápida ojeada que acabamos de echar sobre los caracteres mas notables de la vegetación americana, si no basta para hacer comprender en detalles las riquezas vegetales de esos países afortunados, será suficiente al ménos para hacer comprender mejor la belleza de las plantas y frutas que hemos elegido como muestras de esa vegetación maravillosa.

### Los dos primos.

Armando de Bravannes y Jorge de Herbouville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable, la naturaleza les habia dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educación, como hacían los mismos estudios, en el mismo colegio y bajo la direc-

ción de los mismos profesores, parecia que no debia establecerse la mas pequeña diferencia: sin embargo, la habia muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varon de una familia que se habia ilustrado en la carrera de las armas, habia llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta; el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputación sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. M. de Herbouville tenia dos hermanas, con quienes la suerte se habia mostrado ménos rebelde con respecto á fortuna: la una, que habia llegado á ser esposa de M. Bravannes el banquero, era la madre de Armando; la otra, que pasó á las Guadalupe en calidad de doncella, se habia casado con un rico plantador llamado Dumesnil. Esta no gozó mucho tiempo del dichoso cambio efectuado en su posición; al año de su matrimonio murió al dar á luz á una hija, que mas tarde encontramos con el nombre de Lucía.

La diferencia que hemos señalado entre Armando y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educación, ó mas bien al provecho que habian debido sacar. Jorge poseia un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que sabia lo habia estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez hablaba sin ser provocado; pero entónces se le entendia perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversación, su estilo florido, templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi rayaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armando era todo lo contrario; tenia poco talento y ménos ciencia, escribía mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los habia alcanzado y habia salido del colegio con cierta reputación, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo mas indolente y perezoso de su división. Es un enigma, cuya solución encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada dia suministra una prueba del hecho que vamos á contar.

Armando recibió por via de regalos una porción de libros, ya amenos, ya instructivos, que leia muy poco; Jorge, que los hubiera leído mucho, no recibía ni uno, y como es natural, muchas veces envidiaba la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que mas excitaba su curiosidad era una magnífica edición de las poesías de Lamartine. Armando, que conocía esta debilidad de su primo, sacó con destreza gran partido de ella en la distribución de premios: el dia del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

— Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

— Habla, respondió Jorge con avidez, no puedo rehusarte nada: ¿qué exiges de mí?

— Poca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar tu composición.

— ¿Pero me propones una traición!

— ¿Qué importa?

— ¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composición...

— Espero que sea excelente, y que se llevará el premio.

— Razon de mas sería hacer perder una plaza á aquel cuya composición siguiese á la mia.

— ¿Es decir que rehusas?

— No, acepto, respondió Jorge; pero quiero, ya que cometamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composición, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¿Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazón debió palpar con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo, y cuando le vió listo y alegre lanzarse hácia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecía confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la habia encontrado muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ocasión, y esta no tardó en presentarse.

Ya hemos dicho que Armando tenia una gran dosis de vanidad y de ambición; no le bastaba ser rico, queria ser considerado, deseo laudable sin duda cuando se busca en la consideración el precio de sus estudios y de sus servicios. Un bonito destino, un título, una condecoración, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su antojo: aun no tenia veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa; el camino se abría delante de él seguro y rápido; su porvenir dependía únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habian confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armando reconocía lo mismo que en el colegio su insuficiencia; pero no se inquietó lo mas mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que la intriga y la cábala

constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de descaro y aplomo, ménos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivía con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plaza de copista en casa de un literato, gran autor de copilaciones. A Jorge pues se dirigió Armando; de este modo se granjeó razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por experiencia, y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultades ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armando recogía la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigurosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufriría su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecía.

Armando encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á serle indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenían que ver con sus funciones. De modo que se descargó enteramente del cuidado de su correspondencia en la carta mas interesante lo mismo que en el billete mas frívolo; solo una cosa le pertenecía, la firma. En fin, llegó á ser tan poderosa esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasión la mas grave, la mas importante de su vida, en la que nada en el mundo podia justificar ni aun excusar lo extraño de su proceder.

El padre de Armando desde la muerte de su cuñada mantenía correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se manifestaba los sentimientos mas vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovista de interés. M. Dumesnil sabia perfectamente que la casa Bravannes y compañía figuraban con honor entre las primeras casas de banco de Paris, y este por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al mas infimo precio sus productos coloniales, podia realizar un capital de dos millones. El colono no tenia mas hija que Lucía, Armando era hijo único del banquero: los dos padres, salvo el exámen de las cualidades morales de los jóvenes, habian concebido al mismo tiempo un proyecto de unión, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un dia M. de Bravannes llamó á Armando á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pusiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Inútil es decir que Armando suscribió con gusto á un negocio, que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenia sentimientos virtuosos, talento, buen corazón? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacían, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir mas? Con una mujer rica y bonita, ¿no tiene uno seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porción de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podia considerar como un favor; pero en el que mirándolo mas despacio, solo se veía una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armando la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que explicaba lo poco que se le ocurria. Ya empezaba á deliberar si le valdria mas renunciar á las ventajas que le ofrecían, que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente:

— ¡Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confiárselo á su primo, que esta vez no pudo ménos de hacerle algunas objeciones.

— No te inquietes por nada, mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Únicamente me resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas estén escritas de mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armando le habia indicado, y llegó á hacerse tal ilusión, que no hubiera estado mas elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras, en las cuales se complacía en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos mas puros de un corazón cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono mas apasionado, mas persuasivo, sino que le parecia que su primo escribía muy de tarde en tarde, y no habia razonamientos que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia. Bien pronto la llegada de M. Dumesnil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad la opinión que habia formado de la belleza y las virtudes de Lucía; pero Jorge, siempre leal para abusar de la confianza de su primo, y disimulando con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazón, jamás dejó traslucir ni en su len-



guaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucía, con ese tacto maravilloso que distingue á las mujeres, conoció al momento que existía gran diferencia entre los dos primos, y que esta no estaba en favor del que le destinaban por esposo. Léjos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talento y saber, prefería mucho al descaro de Armando el modesto silencio de Jorge, y cansada bien pronto de las frivolidades que constituían el fondo de la conversacion del primero, siempre renovaba con placer con el segundo conversaciones no ménos sólidas que agradables. Lo que no podía comprender era que el hombre cuyas cartas habia admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de carácter.

— Quizá, decia para sí buscando la explicacion de esta anomalía, sabiendo que mi padre veía su correspondencia, Armando se dignaria hacer en su obsequio un dispendio de talento y de buen sentido, que hoy le parece inútil con una jóven ignorante y frívola.

Pero esta explicacion no bastaba á disipar las tristes prevenciones, que poco á poco se fueron apoderando del alma de la jóven criolla.

En cuanto á M. Dumesnil no fué menor su desafecto á Armando; no habia sido menor que el de su hija: las cualidades de Jorge no se habian escapado á su penetracion; mas de una vez sintió que la suerte no hubiera hecho de él el hijo del banquero, y de este el huérfano sin fortuna.

El padre y la hija, sin comunicarse el resultado de sus observaciones, tenían la misma idea de los dos primos, y los dos parecían haberse convenido en no acelerar la conclusion de un matrimonio, que habia sido al principio el objeto de todos sus deseos.

Entretanto el ministro confió á su secretario un trabajo de la mayor importancia: se trataba de un proyecto de reorganizacion, con el cual contaba para dejar un glorioso recuerdo del tiempo que se dedicó á los negocios. Armando recibió con las notas en donde estaban consignadas las opiniones de los mejores publicistas, instrucciones verbales sobre las razones en que habia de apoyarse la que habia preferido el hombre de Estado. Estas notas, así como las instrucciones verbales, fueron como de ordinario puestas inmediatamente en manos de Jorge, solamente á fin de darse á los ojos de su primo cierta importancia. Armando le reprodujo los razonamientos del ministro, atribuyéndose todo el honor; de suerte que Jorge hacia pasar como perteneciente al secretario la opinion que habia de prevalecer el documento que tenia que redactar.

Pero sucedió que despues de un estudio profundo, Jorge vió de repente surgir en su cabeza una idea nueva, distinta de todas las que tenia delante, y en particular de la que tenia encargo de hacer triunfar. Esta idea, largo tiempo examinada, debatida, meditada, le pareció de una justicia tan evidente, y en su aplicacion entreveía resultados tan fecundos, que no pudo resistir á la idea de esplanarla. Cada vez mas convencido, concluyó por sustituirla á la que Armando le habia recomendado, y dirigió en su favor todas las conclusiones del proyecto: tenia tanto ménos escrúpulo de conciencia, cuanto que creia hacer á su primo un señalado servicio.

El ministro, al enterarse del trabajo de su secretario, se sorprendió al ver truncado su plan, y sus argumentos con una lógica tan concluyente. Herido en su amor propio, se dejó llevar en un principio por un movimiento de despecho, y despues de llamar á Armando á su gabinete, le dijo con un tono muy irónico que se iba á dar prisa á ofrecer al rey su dimision en favor de un secretario que tenia pretensiones de saber mas que él. Esta salida, que estaba muy léjos de esperar, aterró al desgraciado Armando, que vió de repente destruirse sus esperanzas. Se retiró sin balbucear una excusa, y corrió á pagar á Jorge con usura el responso que acababa de recibir.

— Creí hacerlo bien, respondió Jorge; ¿podia adivinar que combatia la opinion del ministro? Si no me hubieras dejado en la persuasion de que era la tuya, me hubiera ciertamente mirado bien ántes de aventurarme á hacer triunfar otra; y sin embargo, añadió con conviccion, me hubiera costado trabajo; cuanto mas reflexiono, adquiero mas certidumbre de que mi sistema es el único razonable y verdadero.

— No hay nada mas verdadero y razonable que lo que quiere el ministro, respondió Armando; y la prueba es que he perdido mi porvenir, porque no tardaré en recibir la noticia oficial de mi desgracia; no quiero hacerme ilusiones.

— Vamos, querido primo, en lugar de desesperarnos, busquemos entre los dos algun medio de evitar esta desgracia.

— ¡Ah! no veo ninguno, respondió Armando dejando caer la cabeza sobre el pecho con el mayor desconsuelo.

(Se concluirá.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Se acabó el verano. — Nuevas modas de otoño. — Las telas de lana vuelven á ser lo que habrian debido ser siempre. — Nuevos adornos de plumas. — Teoría de los colores. — Los corpiños con tirantes. — Las mangas á la china. — De como se anuncian las telas

de seda. — Los sombreros reemplazan las capotas. — Categoría de los sombreros á la moda. — Dos trajes de baile. — Novedades: el Romeo, el Carlos Quinto, el Mosquetero y la Rotonda. — Descripción de nuestro figurin, que representa dos trajes de otoño.

El otoño se inclina hácia el ocaso con una precipitacion desesperante. Las hojas se secan en los árboles y el viento se las lleva á donde van todas las cosas de este mundo, al olvido, á la muerte. Las últimas flores, esas flores de otoño tan pálidas y frias, se doblan sobre su tallo, despues de haber perdido sus colores. Antiguamente el otoño compensaba las cosas que nos robaba; habia las vendimias, habia la caza, pero hoy puede decirse que nada de esto existe ya; las vendimias, aquellas fiestas tan alegres, se han convertido en un trabajo de aldeanos que se lamentan de las contribuciones y de la escasez de la uva, y en cuanto á la caza, muy dichoso es el cazador que mata una perdiz, despues de haber andado seis leguas. Solo la moda resiste á todo, y nos presenta ya nuevas maravillas de coquetería para saludar la estacion de otoño.

Las telas se anuncian muy lujosas, esto es, las telas de seda, pues las de lana se van á quedar lo que son, sin las pretensiones que hasta hoy han mostrado. Y así debe ser, pues un vestido de lana que quiere imitar el muaré antiguo ó el tafetan de cuadros, no puede tener jamás el brillo y hermosura de la seda.

Al cabo se vuelve al cachemira liso, fino y puro, de pliegues flexibles; para embellecer la sencillez de los vestidos de cachemira, se les ponen adornos de bandas de terciopelo, de felpilla y de plumas.

Los adornos de plumas serán muy admitidos entre las grandes señoras. La pluma se halla destinada á rivalizar con las pieles. Se hacen con ella esclavinas, adornos de vestidos y aun manguitos. Una elevada señora, la duquesa de T..., acaba de encargar un sobretodo de alcoba de plumas blancas con llamas azules, que costará una cantidad fabulosa, pues la pluma es sumamente cara. Preciosa idea de duquesa. Seguramente se dirá, esa duquesa debe ser rubia y sentimental, pues á una mujer se le juzga por sus muebles, por sus gustos, por sus trajes.

De ningun modo. La mujer á quien le gusta el rojo es violenta y celosa, que sea morena ó rubia, pues hay rubias que no abandonan el rojo, lo que forma una anomalía sorprendente con sus ojos azules y sus cabellos rubios. La mujer á quien le gusta la rosa es coqueta como una rosa de Bengala; la que prefiere el color de lila es melancólica, busca la felicidad en las nubes, se crea un mundo novelesco.

No me atrevo á decir que las señoras que lleven pieles de pluma saldrán á pié, pues la mas ligera niebla puede empañar el diáfano espejo de su adorno argentino.

Voy á señalar como una novedad los tirantes de pluma. Ya que los señores elegantes gastan las levitas tan largas como nosotras los vestidos, podemos muy bien nosotras tomarles sus tirantes, con tanta mas razon cuanto que los tirantes dibujan el talle de la mujer divinamente.

Llevando tirantes, sean de terciopelo, de felpilla ó de pluma, se suprimen las faldetas en los corpiños. Parece que las faldetas están en decadencia, pero sin embargo se llevan, porque en el día se lleva todo. Las mangas están en una anarquía completa; desde que vinieron algunos titiriteros chinos á Paris que llamaron la atencion en los teatros, se hacen mangas chinas, que por cierto no carecen de originalidad, pero que solo están bien en las batas. He aquí la descripción de una de ellas; se hacen de cachemira azul, color de rosa ó verde mar; el matiz depende del gusto y del color de los ojos de la persona á quien se destina; se forra de felpilla blanca, y por delante, todo al rededor de la falda, van tres hileras de anchos corazones de terciopelo negro; las mangas caen hasta la mitad de la falda, son cortas en la sangria, y muy puntiagudas por abajo. Las batas de cachemira blanca se forran de felpilla azul, y llevan corazones de terciopelo, tambien azules.

En cuanto á las telas de seda, se anuncian con volantes y ricos dibujos; bandas de felpilla imitan las pieles mas selectas, formando rayas de felpilla y terciopelo tan sedosas y tupidas que es una envidia verlas. El mérito principal de la invencion es que el tejido de la felpilla entra en la tela. Tambien hay vestidos de gró de Tours negro, con delantal de hermosas rosas de terciopelo verde esmeralda.

Por lo que toca á los sombreros, y digo sombreros y no capotas, porque ya no se llevan mas capotas, son muy sobrios de adornos, y su elegancia depende únicamente de su corte. El borde del ala tiene un pequeño rompimiento que constituye toda la gracia del sombrero. Se ha dividido el sombrero en muchos géneros; el sombrero de ala corta, para ir en carruaje, se hace de terciopelo negro, encaje de Chantilly, y pluma negra para los dias de niebla del invierno, y de terciopelo epinglé azul celeste, blanco ó color de rosa, con blonda y pluma blanca para los dias buenos. En estos sombreros, la punta de la pluma va á parar en medio de la frente; es lo mas original y gracioso que se ha visto. Por un lado cae una rama de rosas silvestres de terciopelo, y por el otro se ve un grueso lazo de cinta.

Despues hay el sombrero como un vestido: al borde del ala, que es de raso azul, flota graciosamente un volante de gruesos pliegues, con listas de terciopelo azul de varios matices. A cada lado del casco se ve una gruesa rosa azul de raso y terciopelo.

Luego viene el sombrero con vueltas de raso color de rosa sobre terciopelo epinglé del mismo color con claveles rojos.

Además tenemos el sombrero Luis XIII con cuchillos de botones de rosas blancas sobre terciopelo epinglé blanco, y por último, para concluir esta enumeracion, vemos el sombrero-capricho de terciopelo azul con hojas pintadas y doradas y gruesos racimos de uvas aterciopeladas.

Todos estos sombreros solo los llevarán las elegantes que vayan en carruaje; pero en cuanto á sombreros mas sencillos y modestos, citaré uno de tela blanca color de perla, sin mas adorno que una cascada de tres plumitas blancas estrelladas, que pasan al borde del ala. Esta cascada de pluma se repite

del mismo lado por dentro; por el otro se ve una rama de rosas silvestres.

Antes de pasar á otro punto voy á describir dos prendidos de baile, que podrán agradar á mis lectoras en esos hermosos climas donde habitan.

El primero es blanco de gasa con tres faldas huecas y altos rizados de gasa, sembrados de menudas perlas blancas que forman como una lluvia diamantina. Los adornos del corpiño y del tocado consisten en botones de rosas, con hojas de perlas blancas.

El segundo consiste en un vestido de organdi con siete volantes: en cada volante se ven tres hileras de pequeñas franjas de pluma blanca; la berta en forma de corazon por detrás y por delante, va como las mangas adornadas con muchas hileras de esa franja de pluma; el tocado y el ramo del corpiño son de campanulas de crespón blanco, con pétalos de pluma blanca.

Se cita como una gran novedad el *Romeo ó Talma*, que se hace de cachemira fuerte, de color ceniciento claro, con anchas bandas de terciopelo negro de doce á quince centímetros, ó bien con presillas de muaré antiguo del color de la tela. Estas bonitas esclavinas se hacen tambien de edredon, de felpilla de seda y de lana con adorno de bandas de felpilla negra, mezclilla cenicienta, con manchas blancas y negras como el armiño, ó con bandas de felpilla rizada.

Despues del *Romeo* viene el *Carlos Quinto* de edredon negro, ó de color oscuro, guarnecido con galon de raso negro, con solapas cruzadas ó abiertas, á voluntad. El corte se dispone de modo que echando la capita sobre los brazos, se encuentran formadas las mangas.

Luego tenemos el *Mosquetero* de terciopelo de lana color ceniciento, con adornos de terciopelo labrado. Este forma sobre los brazos mangas á la Enrique III.

Por último, hay tambien la *Rotonda* de terciopelo con una ó dos hileras de pluma en fleco, segun la edad de la persona; al rededor lleva tambien un fleco.

Terminaré con la descripción de nuestro figurin, que representa dos trajes de otoño.

El primero es el de una jóven de veinte años. Su vestido es de tafetan color de perla, con volantes de bandas de felpilla blanca; cada volante lleva un fleco; el corpiño es alto, y va adornado con tirantes de felpilla blanca; las faldetas llevan volantes como los de la falda; las mangas tienen tres pequeños afollados que terminan en un gran volante que cae sobre mangas Rafael de muselina bordada; brazaletes de terciopelo negro cerrados con hebillas de oro; guantes de color de paja; sombrero de terciopelo epinglé color de rosa, y volantes de guipure negra bordada de azabache; por dentro se ve una guirnalda de flores silvestres; enaguas con volantes bordados al plumetis; zapato de piel inglesa cenicienta con lazos de cinta; medias de hilo de Irlanda con almendras al plumetis.

La segunda figura representa una jóven de veinticinco años. Su traje se compone de un vestido de tafetan matiz dorado, con anchas bandas violetas describiendo cuadros; el corpiño es subido y va adornado con bellotas dispuestas de distancia en distancia; las mangas llevan un ancho volante adornado con un lazo de cinta; mantilla de pluma negra, guarnecida con un volante de Chantilly; sombrero de terciopelo epinglé blanco, adornado con un velito de blonda; brazaletes de oro y guantes color de perla.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## La Finlandia.

Hace tiempo ya que la Finlandia no se halla sometida á las tres coronas de la Suecia; una de las resultas del tratado de Tilsitt, fué la agregacion definitiva de ese pequeño país al imperio ruso. Y cuando decimos pequeño país debe entenderse que hablamos relativamente al número de sus habitantes, pues la Finlandia que se extiende del golfo que lleva su nombre hasta mas allá del de Bothnia, esto es del 60 al 66 grados de latitud Norte, sobre una anchura proporcionada, cuando ménos, equivale como territorio á las tres quintas partes ó á los dos tercios de la Francia. Es un país cubierto de lagos y de bosques raquíticos que se parecen á los de la Rusia, como se parece la raza fina y pálida, pequeña y rubia á los tipos vigorosos de esa raza slava que fundó el imperio ruso. Esa poblacion fina y estrechada entre dos potencias vecinas, era poco guerrera y poco numerosa, y se hallaba como predestinada á sufrir la dominacion extranjera. El ascendiente que tomaron sobre ella los suecos en otro tiempo, declinó con la estrella de ese pueblo belicoso, y la balanza se inclinó hácia S. Petersburgo.

Contra lo que les sucede por lo comun á los pueblos que caen bajo un yugo extranjero, la agregacion de la Finlandia á la Rusia parece haber sido un beneficio para esa provincia. Los czares disfrutaron con moderacion de su adquisicion; la Finlandia se gobierna en virtud de leyes propias; tiene para administrarla, un secretario de Estado en S. Petersburgo, y en la residencia de la capital, Helsingfors, tiene otro funcionario que se llama *gobernador general*, que arregla los asuntos del gran ducado de acuerdo con el *Senado* de Finlandia. En todas las medidas, reglamentos, decretos de policia, de orden, de administracion, de hacienda y de justicia, se tienen muy en cuenta las leyes y costumbres del país, los derechos y privilegios de sus habitantes. El gobernador general se halla encargado especialmente de fomentar el desarrollo progresivo de la agricultura, primer deber de un buen gobierno, y esa parte esencial del progreso trazado por la corte de Rusia á la administracion del gran ducado parece haber sido ejecutada



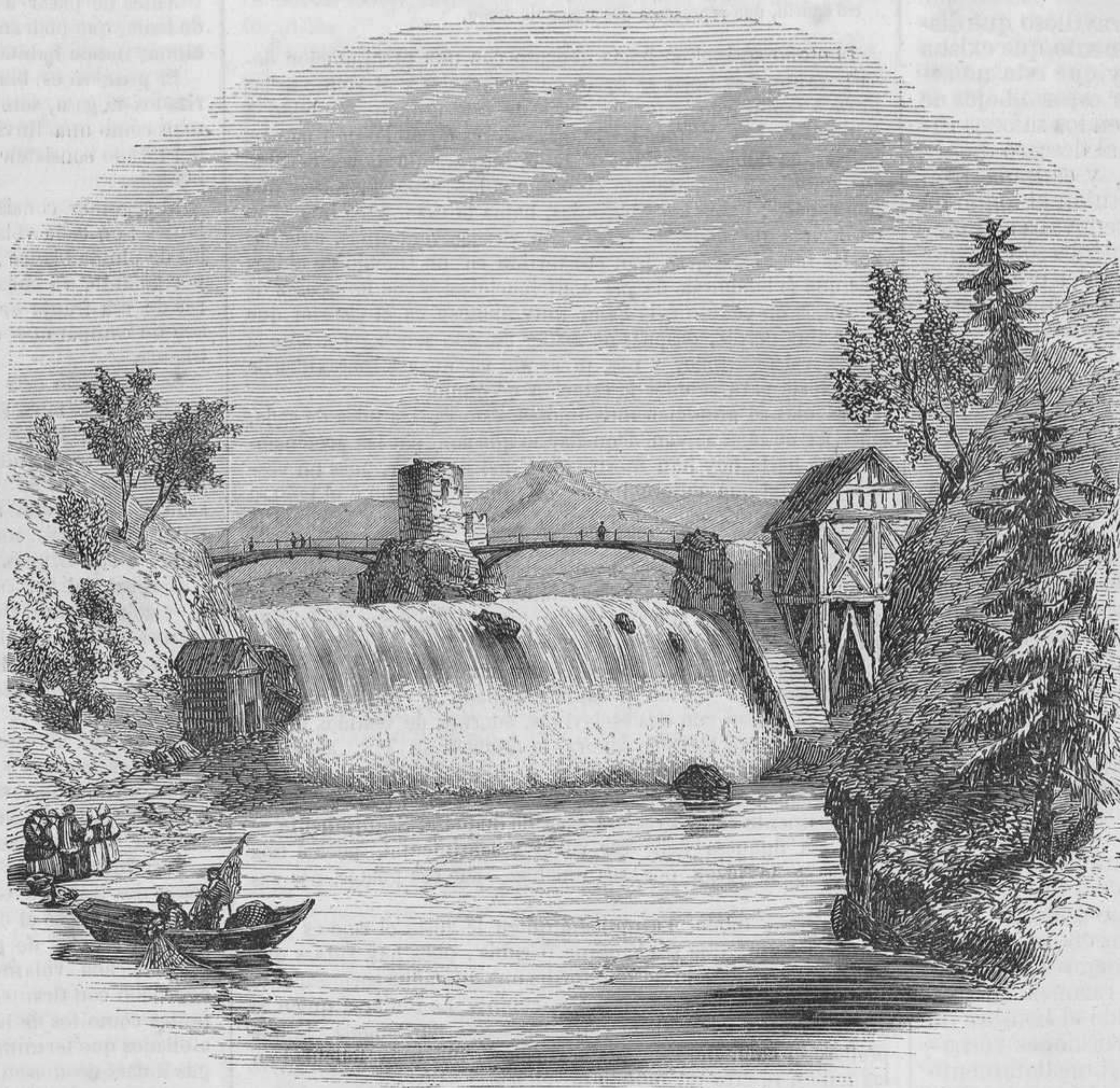
fielmente á juzgar por los progresos que desde 1830 hasta el día pueden señalarse en el movimiento de la navegacion y de los cambios, particularmente en el ramo de exportaciones de la provincia finesa.

La poblacion pobre se halla protegida con mucho celo. Cada parroquia está obligada por la ley, á sostener sus pobres, cuya vigilancia se halla encomendada á los cuidados del pastor. Además de esta asistencia comunal, las principales ciudades del gran ducado poseen establecimientos especiales de beneficencia, como hospicios, escuelas gratuitas, casas de trabajo libre ó *forzoso*, segun el carácter y condicion de las personas que entran en ellas. En Helsingfors hay una escuela especial de educacion profesional para los niños pobres y una escuela para las niñas á quienes se enseñan las diversas labores propias de su sexo. Hay tambien en todo el país grandes pósitos, cuyas subsistencias vendidas á precios fijos y moderados, sirven para alimentar á los menesterosos, ó para proporcionarles sementera.

No obstante los rigores del clima, la Finlandia produce un año con otro sobre tres millones de toneladas de granos de toda especie. Tambien se cultivan en grande escala las legumbres, principalmente la patata, los navos, los guisantes y las coles. En los distritos del Norte se cultiva el cáñamo, y aunque en pequeñas proporciones, la tierra produce tambien tabaco.

Además de estas producciones naturales, la Finlandia cuenta entre sus riquezas, los productos espontáneos de sus bosques, los de sus minas, que dan hierros tan abundantes y estimados, y los de sus canteras de mármol y de granito, de donde salieron en piedras gigantes los monumentos y los palacios de la gran ciudad imperial. Por último, existen en Finlandia veinticuatro fábricas de paño, tres manufacturas de tabaco, fábricas de jabon, de pieles curtidas, etc., etc.

Por eso un viajero ilustrado que ha recorrido el país, el príncipe Galitzin, ha descubierto en la poblacion una suma de bienestar que no presentan en tantas latitudes privilegiadas otras sociedades humanas. El plan de exploracion que se habia trazado consistia en llegar á Borneo, punto extremo de la Finlandia, en el fondo del golfo de Bothnia, siguiendo el borde occidental del lago Ladoga, hasta Serdobol, á la extremidad Norte de ese inmenso lago, y luego debia cortar transversalmente la Finlandia en la direccion del Noroeste para llegar á Weaborg, y por último á Torneo, donde principia la Laponia y donde se borran los últimos vestigios de la civilizacion. El noble viajero unas veces en *tarrantatt* (carruaje de cuatro ruedas) otras embarcado por los lagos y los rios, siguió ese itinerario al pié de la letra, y volvió al Sudoeste por las costas del golfo de



El castillo fuerte de Kaianaborg y la catarata del Aemma (Finlandia).

Finlandia hasta Viborg. En su camino vió la mayor parte de las ciudades principales, y las curiosidades mas notables de la Finlandia. Vió Torneo, ese cuartel de invierno donde los lapones van á buscar, en *mejor clima* su alimento y el de sus renjiferos; buen clima en efecto, donde no cae la nieve sino hasta los tejados de las casas. Pero llegó tambien hasta Alcula á doce ó quince leguas mas al Norte, donde vió grutas muy notables, aunque inaccesibles, ó erizadas de peligros.

Los dos grabados que acompañan á este artículo, representan dos curiosidades afamadas que existen en Finlandia, á saber las famosas canteras de mármol de

primera se llama Koiwokowski, y es sumamente importante. Muchas rocas de grandes dimensiones dividen la corriente, formando otras tantas cascadas principales que aunque distantes, mezclan sus aguas. Una infinidad de cascadas mas pequeñas se cruzan por entre las grandes, y chocándose entre si lanzan á lo lejos torres de espuma, haciendo hervir el agua del Kaiana á una gran distancia de la cascada.

La segunda catarata (que es la que se representa en nuestro dibujo, se llama del Aemma, y aunque es menos alta que la de Koiwokowski, sorprende mas que esta última por los espantosos torbellinos que produce

el torrente en su fogosa carrera. En muchos sitios, el agua precipitada por cascadas interrumpidas, se engolfa en cavidades profundas de donde vuelve á saltar en caños que parecen surtidores artificiales. Se halla dominada por un islote, que comunica por medio de un puente con las dos orillas del Kaiana. Sobre ese islote se ven las ruinas de un castillo fuerte, llamado Kaianaborg, y edificado en 1560 por el conde Broghé, señor de la provincia de Kaiana. Este castillo se convirtió en cárcel de Estado en tiempo de Gustavo Adolfo, y cuando se construyó el puente que hoy existe, quedó casi arruinado. Desde lo alto de esas ruinas se disfruta del espectáculo simultáneo de las dos cataratas, de la vista de pueblo de Kaiana y de un espléndido paisaje.



El castillo fuerte de Neuschlott (Finlandia).